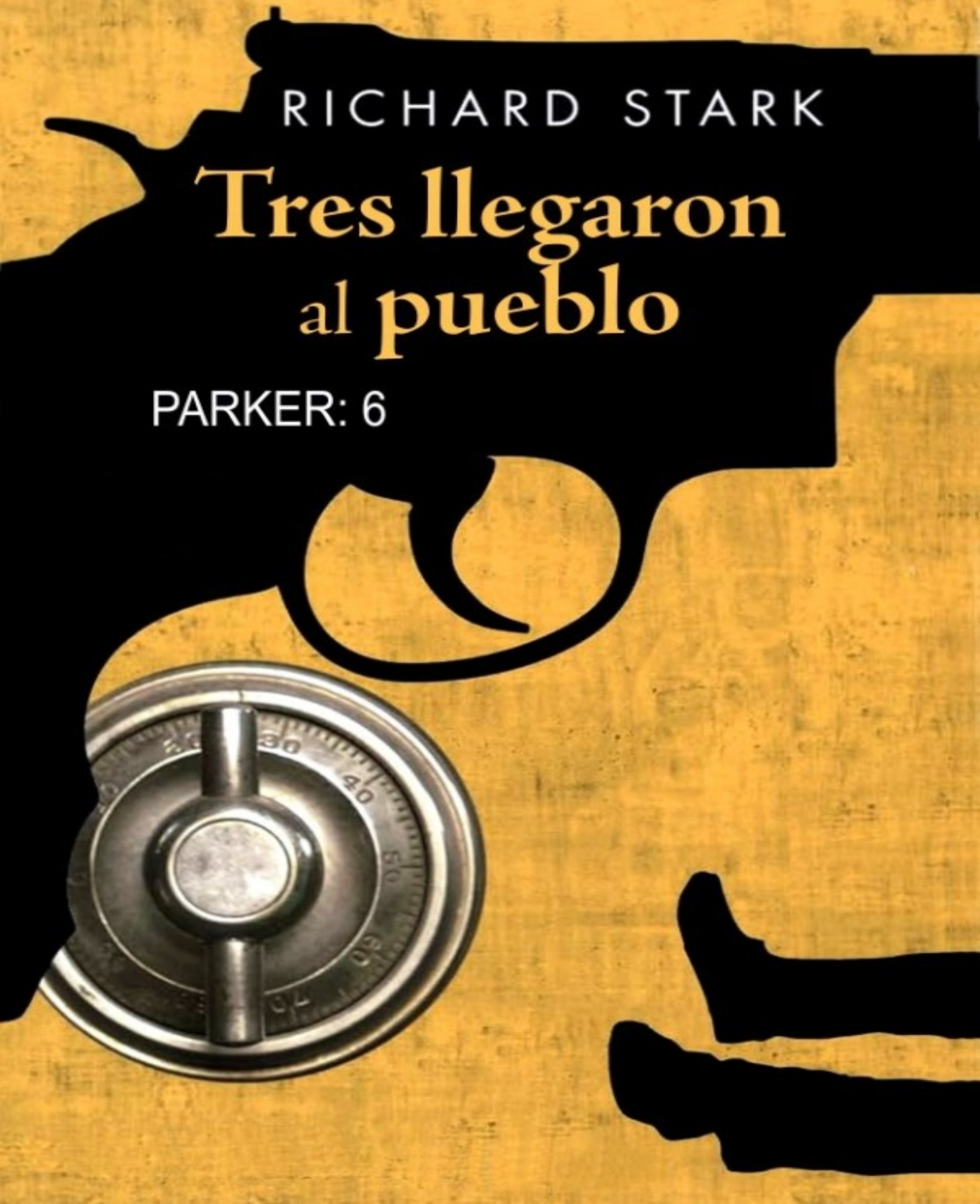
RICHARD STARK

Tres llegaron al pueblo

PARKER: 6



Muchos hombres sabían lo que Parker hacía para ganarse la vida, porque lo que hacía era robar. Pero Joe Sheer, un guardia de seguridad retirado, también conocido en el negocio como Jugger (juglar), lo sabía. Conocía el alias de Parker, su paradero, sus planes… y porque sabía demasiado, sabía que debía mantener la boca cerrada. O morir. Pero Joe estaba más que dispuesto a intercambiar lo que sabía por un colchón blando, ventanas sin rejas y lo que todo hombre necesita: su libertad. Así que Parker había venido a Nebraska para encontrar al viejo Jugger… y probablemente asesinarlo. Pero lo que Parker encontró fue un problema: Joe ya estaba a seis pies de profundidad; faltaba algo muy valioso; y alguien estaba planeando un funeral… el de Parker. Lástima para ese alguien, que Parker no era un hombre fácil de matar.

Richard Stark

Tres llegaron al pueblo

Parker - 6

Título original: *The Jugger*
Richard Stark, 1965
Traducción: Ariel Bignami

Índice de contenido

Cubierta

Tres llegaron al pueblo

Parte 1

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Parte 2

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Parte 3

- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Parte 4

- Capítulo 23
- Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Sobre el autor

Parte 1

Capítulo 1

Cuando oyó llamar a la puerta, Parker estaba por volver la página de las noticias fúnebres. Dejó el diario y al mirar a su alrededor, comprobó que todo estaba limpio y en orden. Entonces fue a abrir.

Se encontró frente a un hombrecillo que parecía vestido como si anduviera de bromas: pantalones de color verde oscuro, zapatos blanquinegros, camisa anaranjada con corbata negra, chaqueta deportiva con remiendos de cuero en los codos... Del bolsillo de su chaqueta, sobresalían las puntas esponjosas de un pañuelo color de lavanda. Llevaba la mano izquierda negligentemente, en el bolsillo de su pantalón, y la derecha dentro de la chaqueta, como un Napoleón de imitación. Su rostro era arrugado y correoso; su edad, más de cuarenta y menos de ochenta.

Mostrando sus dientes en mal estado, sonriente:

—Parker, ¡qué feo es! Con la cara nueva es más feo todavía, aunque parezca imposible.

Parker lo reconoció; se llamaba Tiftus afirmaba ser un experto en cerraduras. Nunca había trabajado con él, porque no lo consideraba digno de confianza. Con renovada sonrisa, Tiftus insistió:

— ¿No me invita a pasar? Tenemos que hablar.

No podía ser coincidencia; aquello debía tener algo que ver con Joe Sheer. No obstante Parker, para mayor seguridad, preguntó:

— ¿Acerca de qué? ¿De qué podríamos conversar?

—En el pasillo no, Parker... ¿Qué clase de modales son esos?

—Váyase al infierno.

Tiftus, sin dejar de sonreír, sacudió la cabeza y retiró la mano del interior de su chaqueta, hasta mostrar a Parker el reflejo de una automática Hi-Standard, calibre 26.

—Sea amable —insistió—. Conversaremos acerca de los viejos tiempos... y los viejos amigos.

Así que se trataba de Joe... Con un paso atrás, Parker hizo señas a Tiftus para que entrara. Con aire socarrón, Tiftus traspuso el umbral... y se topó con la mano derecha de Parker, que le dio entre la hebilla del cinturón y su automática. La cara de Tiftus, de parda como el cuero, se convirtió en gris como la piel de un elefante. Parker le arrancó de la mano la automática, lo arrastró al interior de la habitación, y cerró la puerta.

Tiftus emitía un sonido gutural, parecido al de una lejana sirena antiaérea. Parker lo sentó de un empellón en el único sillón de la pieza, y se acercó a mirar por la ventana. El capitán Younger seguía allí, con su sombrero de vaquero, y apoyado en el paragolpes de su Ford negro, bajo el sol de setiembre. Del otro lado se levantaba la estación de ferrocarril: Sagamore, Nebraska. Los pocos coches que pasaban por la calle principal, se veían polvorientos.

No se veía a nadie más por allí, al menos afuera. Si alguien acompañaba a Tiftus, debía estar abajo, en el vestíbulo, o esperándolo oculto en alguna parte.

Guardando la automática en el cajón de su mesa escritorio, Parker contempló a Tiftus, que estaba derecho como una vara en el sillón, apretándose el vientre con los antebrazos, mientras la sirena seguía sonando en el fondo de su garganta.

Parker se tomó su tiempo para terminar de leer el diario, ya abierto en las noticias fúnebres. Buscando en la lista, lo encontró, bajo el nombre supuesto de Joe:

> SHARDIN, Joseph T. Setiembre 17. Sin parientes con vida. Funeral, el miércoles a las 10 de la mañana. Capilla Funeraria Bernard Gliffe. El sepelio se llevará a cabo en el Cementerio Greenlawn.

El miércoles... o sea, ese mismo día. Al consultar su reloj, comprobó que ya eran más de las once, de modo que el funeral habría concluido, probablemente. No duraría mucho, ya que allí nadie conocía a Joe.

Volviendo a la primera página, leyó todo el diario, título por título, en busca de alguna referencia a la forma en que había muerto Joe, pero solamente se lo mencionaba en la noticia fúnebre, que no decía nada al respecto.

En la página siete, descubrió una fotografía del capitán Abner L. Younger y otros sujetos robustos, en una Conferencia de Seguridad Pública. El sombrero de vaquero hacía difícil verle los ojos.

Finalmente cerró el diario y fue a plantarse frente a Tiftus, que ya respiraba de nuevo. Había cambiado de color otra vez, pues ahora estaba completamente blanco, excepto los ojos pardos y dos redondas manchas rojas en sus mejillas correosas. Miró a Parker con ojos doloridos, pero no dijo palabra. Su vestimenta abigarrada parecía aún más fuera de lugar que antes.

—Quería hablar... Hable, pues —dijo Parker.

—No tenía por qué hacer eso —logró articular por fin el visitante—. Estuve a punto de vomitar...

—¿Cuántos años tiene usted, Tiftus? ¿Cien? ¿Y a su edad, todavía no sabe lo que pasa con las armas? Nunca muestre una a un hombre a quien no piense matar. Usted es un idiota... Ahora dígame ¿de qué quería hablarme?

—A usted no, miserable —repuso el otro, ofendido.

—¿De qué murió Joe?

—¡Cómo diablos voy a saberlo! —exclamó Tiftus, que pareció sinceramente sorprendido.

— ¿No estuvo aquí?

— ¿Quién, yo?

Parker sacudió la cabeza, irritado, antes de golpear el pecho de Tiftus, que se encogió.

—No pregunte... Cuando yo le pregunto algo, lo que debe hacer es contestar, no hacerme otra pregunta. ¿Quiere probar de nuevo?

—No tiene por qué hacerme esto, Parker. Vine amistosamente, pensando que...

—Con una pistola de juguete.

—Está bien. Está bien, tiene razón, le pido disculpas por eso. No debí amenazarlo de era manera...

—Eso ya lo sabía. Dígame algo que ignoro.

—No tenemos motivo para disputar, Parker... Jamás en la vida hemos sido enemigos ni hubo resentimientos entre nosotros.

—Nunca hubo nada entre nosotros... ¿Cuándo llegó?

—En este momento... ¿Qué se cree? Ni siquiera desempaqué todavía, Parker. Bajé del tren, crucé la calle y lo vi entrar en el hotel... En la mesa de entrada me dieron el número de su pieza, y eso es todo. Tengo una pieza en el piso de arriba; allí dejé mi valija y vine enseguida a verlo. ¿Por qué actuar uno contra el otro?

— ¿Por qué vamos a actuar juntos?

Tiftus iba recobrando la confianza en sí mismo.

—Porque los dos estamos aquí y buscamos lo mismo.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Lo sabe tan bien como yo, Parker. Pretende averiguar cuánto sé, ¿no es verdad?

Lo que Parker deseaba averiguar, era a qué diablos se refería Tiftus, pero como no podía permitir que este supusiera que no sabía nada, se veía obligado a simular, a la espera de que el otro revelara algo.

—Me importa un comino lo que usted sepa. Sigo sin ver el motivo para colaborar con usted. Nunca lo hice antes, porque no se le puede tener confianza, ni lo haré ahora.

—Ah, pero esto es diferente. Puede contar conmigo... Aquí, en este pueblecito monótono, y hasta el final. Usted está aquí, yo estoy aquí, y ninguno de los dos se querrá ir. Si nos combatimos, no conseguiremos otra cosa que atraer la atención. Si actuamos juntos, terminaremos mucho antes.

Parker no se molestó en decirle que ya habían atraído la atención del capitán Younger. En cambio preguntó:

— ¿Y si le dijera que no sé de qué demonios habla?

—Vamos, Parker, vamos —rio el sujeto—. Supongo que estará aquí por su salud o se le ocurrió venir al funeral de Joe, ¿verdad?

Parker reflexionó. Al fin, bajando la voz declaró:

—Bueno, Tiftus... Le diré la verdad. Le contaré por qué estoy aquí, en realidad...

Cuando Tiftus avanzó la cabeza para escuchar mejor, Parker le propinó un puñetazo en la mandíbula. Estuvo a punto de caerse del sillón, pero Parker volvió a acomodarlo en él.

Después le revisó los bolsillos. En la chaqueta no halló nada más que aquel pañuelo de color de lavanda, que resultó estar perfumado. En el bolsillo de la camisa anaranjada encontró un paquete de cigarrillos; en un bolsillo del pantalón, un encendedor con iniciales que no correspondían a las de Tiftus. En el bolsillo izquierdo, encontró cincuenta y cinco centavos, la llave del hotel y una pata de conejo. En el bolsillo de atrás, encontró su billetera, y dentro de ella una tarjeta de Seguridad Social a nombre de Adolph Tiftus, una licencia de conductor de Nevada, cuatro fotos de caballos en blanco y negro, una foto del mismo Tiftus, tomada en una casilla de las que funcionan con monedas, sesenta y cuatro dólares en billetes, un recorte del *Daily Telegraph* que mencionaba su nombre entre los presentes en la apertura de la Pista de Carreras Freehold, antes de la

guerra; y un pedacito de papel de máquina para calcular, con dos números telefónicos anotados a lápiz.

Ni en los bolsillos ni en la billetera encontró nada que indicara el motivo de la presencia de Tiftus en Sagamore, Nebraska, un pueblecito insignificante a cuarenta kilómetros de Omaha. Los números telefónicos no correspondían a la característica de Sagamore. No había pistas de carreras en los alrededores ni Joe Sheer había tenido nunca nada que ver con ellas, salvo para apostar de cuando en cuando. Joe no solía jugar.

Parker devolvió todo a los bolsillos de Tiftus, salvo la llave de su cuarto. Se lo echó al hombro sin dificultad, y se dirigió a la puerta del pasillo.

No se veía a nadie. Parker se tomó tiempo para cruzar la pieza, en busca de la pistola de Tiftus, que se guardó en el bolsillo. Después salió, cerró la puerta y se encaminó hacia la luz roja que indicaba la situación de la escalera.

Tiftus, puro huesos y carne correosa, era sumamente liviano. Parker lo llevó al piso de arriba, cruzó otro pasillo desierto y utilizó la llave de Tiftus para abrir su puerta.

En efecto, la valija, llena y cerrada, estaba sobre la cama. Parker lo echó de espaldas sobre el lecho. Cuando lo soltaba, oyó un sonido y se volvió: acababa de abrirse la puerta de comunicación con la pieza contigua, y allí estaba una mujer de cabello rubio teñido, bien formada, y cuya cara habría sido linda a no ser por los ojos, que eran los de un carterista, y la boca, que era la de una prostituta.

— ¿Qué demonios hace? —preguntó ella al verlo.

—Vuelva a su pieza y mantenga el pico cerrado —indicó Parker.

—Eso dice usted... ¿Qué le pasó a mi amigo?

—Tuvo una entrevista conmigo... lárguese.

—No lo haré hasta saber qué le pasó al pobre Adolph.

—Tropezó con su ambición.

— ¿Se piensa que eso es divertido?

Adelantándose, Parker empujó a la mujer; cerró la puerta de comunicación y volvió a la cama. La mujer llamó a la puerta unas cuantas veces, pero se dio por vencida cuando Parker no le hizo caso. Él sabía que ella no cometería el error de llamar a la policía ni nada semejante; su relación con Tiftus debía haberle enseñado por lo menos eso.

Apartando una pierna de Tiftus, retiró la valija, la puso encima de la cómoda y la abrió. Fue arrojando al suelo prenda por prenda, formando un montón, pero cuando terminó, solo le quedó una valija limpia y un montón de basura en el piso. Nada que le indicara las intenciones del tipo...

Nada ganaría con preguntárselo a la mujer, a quien Tiftus no habría revelado sus andanzas. Tampoco podía esperar que el otro volviera en sí; no quedaba mucho tiempo, ni podía permitir que descubriera lo poco que sabía él acerca del asunto.

Dejando caer la llave dentro de la valija vacía, se acercó a la puerta y salió. En vez de dirigirse al ascensor o la escalera empleada para subir, fue en busca de la escalera de incendios, que le permitiría evitar el frente del edificio. La encontró al posponer la primera curva, una puerta ancha, de madera, con la inscripción Salida para incendios en letras rojas. Se abrió de mala gana, puesto que estaba enmohecida, y Parker se encontró en una escalera abierta, que corría por el fondo de tablas del edificio y lo condujo a una callejuela de cemento, bordeada de puertas verdes y recipientes para los desperdicios. Al final estaba la calle.

Parker se quedó un minuto mirando, antes de abandonar el callejón. No vio al capitán Younger ni nadie que a primera vista tuviera aspecto de colaborador suyo, como tampoco vio a nadie que pareciera relacionado con Tiftus. Claro que en cuanto a eso, Parker estaba casi seguro de que Tiftus actuaba solo.

Salió del callejón y se dirigió a una droguería situada en la calle siguiente. Recordaba el apellido que figuraba en la noticia

fúnebre, y en la droguería podría encontrar la dirección y obtener datos para llegar.

Capítulo 2

La habitación hedía a flores y a muerte. A la derecha, había un féretro rodeado por cestos con flores medio marchitas. Parker permaneció un instante en la entrada principal, acostumbrándose a las tinieblas después del sol brillante de la calle. La pieza estaba desocupada; no había nadie cerca de la puerta, junto al pedestal con el libro para que firmaran los visitantes, ni sentados en los divanes pardos, en los rincones.

Cerró la puerta y cruzó la habitación, sin hacer ruido al pisar la gruesa alfombra. Del otro lado de una cortina, se encontró en un corredor pintado de gris, con un techo de tabiques a prueba de ruidos, y un piso que apagaba sus pasos casi tanto como la alfombra de la pieza adyacente.

A medio camino por el corredor, había dos puertas, una frente a la otra. Al probar la de la izquierda, descubrió un tramo de escalones que se hundían en la oscuridad. Tuvo más suerte con la puerta de la derecha, que daba a una pequeña oficina, decorada con el mismo estilo del corredor, aunque con anticuadas bibliotecas de puertas de vidrio, a cada lado de la ventana.

Esta oficina también estaba desocupada. Parker entró y miró a su alrededor. No había ningún papel en la máquina de escribir del escritorio lateral, nada que interrumpiera la pulcritud del principal, ni abrigo o sombrero alguno en la percha del rincón. Aquella parecía una oficina falsa, instalada en la sala de exposiciones de alguna mueblería.

Se disponía a salir, cuando el vano quedó colmado por un sujeto rollizo, de expresión escandalizada, con traje negro y ajustado, gorra de chófer y guantes grises, de tela, que después de contemplar furioso a Parker, inquirió:

— ¿Qué hace usted aquí?

—Busco a Bernard Gliffe, el dueño de esta casa.

—Ya sé quién es el señor Gliffe.

— ¿Y sabe dónde está?

Seguía aparentando furia, pero no contra Parker, sino más bien como si aquella fuera su expresión normal. Asintió con la cabeza y respondió:

—Claro que sé dónde está...

— ¿Dónde?

—Arriba, durmiendo su siestecita. Siempre lo hace cada vez que trabajamos por la mañana en Greenlawn... ¿Lo busca por algo especial?

—Quiero hablar con él respecto a Joseph Shardin.

— ¿Quién?

—El que enterraron ustedes esta mañana en Greenlawn...

—¡Ah! ¡Ah!, eso... Nunca sé los nombres de los difuntos, a menos que se trate de mi familia o algo por el estilo, entonces es diferente.

— ¿Quiere ir en busca de Gliffe?

—Sí, cómo no, pero no puede esperar aquí; tiene que hacerlo en la sala de exposición.

— ¿La qué?

Se refería al cuarto por donde Parker había pasado ya, el del féretro y las flores. Allí esperó cinco minutos, paseándose de un lado a otro, y preguntándose si Tiftus habría reaccionado ya, y si el capitán Younger habría descubierto su ausencia del hotel. Ignoraba cuánto tiempo le quedaba.

Al fin apareció Gliffe un hombre sumamente alto, algo corpulento, de hombros encorvados, unos cincuenta años de edad, cara blanca como la harina y grandes mofletes. Sus ojos

celestes y acuosos, algo protuberantes, pestañeaban en ese momento para disipar el sueño. Vestido con traje y corbata negros, se adelantó con la mano extendida como un pescado muerto y anunciando:

—Me llamo Bernard Gliffe. Usted es…

Para Gliffe, Parker recurrió a su cara de comerciante, al contestarle:

—Willis… Charles Willis.

—Un amigo del señor Shardin, según me dijo Benny —completó Gliffe, con un leve resplandor en la mirada al mencionar el nombre de Joe.

—En efecto… Por eso vine.

—Venga a mi oficina, donde podremos conversar sentados.

No se veía por ninguna parte al chófer, aparentemente llamado Benny. Una vez en la oficina, Gliffe se acomodó en un sillón como un dirigible al aterrizar, y Parker ocupó la silla de los clientes, junto al escritorio.

—Muy triste lo del señor Shardin —comentó Gliffe.

—El diario no decía gran cosa acerca del motivo de su muerte…

—Un ataque cardíaco, según tengo entendido. ¿Conocía bien al señor Shardin? —preguntó Gliffe, otra vez con cierto dejo de excitación en la mirada, que se apresuró a disimular.

—Desde antes de que se retirara.

—Ah —asintió Gliffe, con solemnidad—. Nunca conocí al señor Shardin en vida… ¡Hacía poco que residía en nuestra comunidad!

Lo dijo en tono destinado a inspirar confianza y producir información, pero eso era precisamente lo que pretendía Parker, quien preguntó a su vez:

— ¿Nunca lo conoció?

—Lamento decir que no. Desde todo punto de vista, era una persona muy simpática y tratable.

— ¿Cómo es que le encomendaron su funeral?

Gliffe pareció un poco ofendido por espacio de un segundo, pero luego se recobró y dijo:

—Como no se le conocían parientes vivos, correspondió a la municipalidad tomar medidas para su entierro, y me designaron a mí... —Abrió las manos, como para indicar que la muerte, aunque terrible, es inevitable, y que alguien debía llenar tan tristes deberes—. ¿Viene usted del pueblo natal del señor Shardin? —preguntó, algo más animado.

—No; participamos un tiempo en el mismo negocio. ¿Quién se ocupa de la herencia?

—La Cooperación de Ciudadanos, según creo. Sí, la Corporación de Ciudadanos. El señor Shardin tenía allí una cuenta y, como murió sin testar, el tribunal nombró al ejecutor bancario... De modo que participaban los dos en el mismo negocio, ¿eh?

—Durante un tiempo —asintió Parker, preguntándose a qué se debía tanto interés, de parte de Gliffe, por alguien a quien no había conocido con vida.

—¿Quién era su médico? —inquirió, antes de que el otro pudiera formular una nueva pregunta.

—¿Su médico? —repitió Gliffe, perplejo—. Creo que era el doctor Rayborn... ¿Por qué lo pregunta?

—Se me ocurrió ir a verlo... Estuve desconectado con Joe, y me gustaría saber qué le pasó.

—Bueno, es claro que a todos nos llega nuestra hora, y el señor Shardin no era joven; creo que tenía setenta y un años de edad...

—Algo así.

—Vivió una vida completa, y según confío, feliz. Pero usted debe saber más que yo al respecto.

—Tuvo una vida feliz... ¿Dónde vive ese doctor Rayborn?

—Su oficina queda apenas a una cuadra de aquí, en la avenida Lake, al oeste. Aunque para serle franco, señor Willis, no

comprendo su deseo de verlo. El señor Shardin ha muerto y nada de lo que hagamos podrá devolverle la vida.

—No pretendo devolverle la vida, sino saber cómo murió...

—¿No supondrá que hubo algo irregular en la muerte del señor Shardin?

Pero Parker sacudió la cabeza negativamente.

—Sé que sufría del corazón —mintió—. Por eso se retiró... No creo que haya nada de raro en su muerte. ¿Quién iba querer eliminarlo o hacerle daño, si no era más que anciano jubilado, que solo deseaba descansar?

—Ciertamente —repuso Gliffe, con fatua sonrisa—. Los años dorados... Yo mismo ansío que lleguen... Claro está que para eso falta mucho. ¿De qué dijo usted que se ocupaba el señor Shardin?

Así que por fin se decidía a formular directamente la pregunta... A modo de respuesta, Parker manifestó:

—Por aquí, no se ocupaba de ningún negocio; estaba jubilado. Será mejor que me vaya... No quiero ocuparle demasiado tiempo.

—De ninguna manera... Me alegro de haber podido conocer a alguien que conociera al señor Shardin en vida. Francamente, sentía curiosidad respecto a él, su pasado, sus amigos, su existencia general.

—Bueno, todo eso ya terminó para él —replicó Parker, mientras se ponía de pie.

—Es verdad —repuso Gliffe, cuya mirada demostró irritación.

—Puedo salir solo —aseguró Parker.

Capítulo 3

Tiftus estaba en el prado, sentado en el cartel que anunciaba: Pompas fúnebres. Cuando Parker salió al sol, se incorporó y fue a su encuentro, sonriente.

—¿No soy listo? —exclamó.

—No...

—Estando en su habitación, vi que tenía el diario local, y me dije: «¿Para qué querrá Parker un miserable diario local?». Para ver en las noticias fúnebres la dirección de la funeraria... Dígame, ¿soy listo o no?

—Hoy, ya lo aporreé dos veces —declaró Parker, plantándose frente a él—. Una vez lo dejé sin aliento, otra vez inconsciente. Y aquí está por tercera vez... ¿Se considera listo?

—Ya le dije que ahora podía contar conmigo, Parker, y se lo dije en serio. Si quiere que seamos socios, bueno. Si quiere que seamos competidores, bueno también. En sus manos queda.

—Adiós —dijo Parker, al tiempo que echaba a andar.

Pero, al fin y al cabo, lo dicho por Tiftus no era un ultimátum. Lo siguió muy animado, trotando para competir con los largos pasos de Parker.

—Los dos estamos en esto —jadeó—. No crea que voy a abandonar... ¿Dónde va ahora? ¿A casa de Joe? ¿Sabe dónde queda?

Sin hacerle caso, Parker siguió andando. Tiftus insistió:

—Ya estuvo antes aquí, ¿verdad? Usted y Joe eran buenos amigos, ¿no? Yo lo sé, Parker... Lo sé todo. Usted solía venir a

visitarlo... Ya me enteré de eso. Y ahora cree llevar ventaja, ¿no es así?

Parker nada dijo, pero escuchaba: tal vez, al fin y al cabo, Tiftus dijera algo útil. El sujeto continuó:

—Usted me conoce, ya sabe que no soy codicioso. Podríamos ponernos de acuerdo... ¿Me oye?

Aunque no disminuyó el paso, Parker preguntó, a ver si Tiftus le revelaba algo:

— ¿Ponernos de acuerdo, respecto a qué?

—La repartija —repuso Tiftus como si eso explicara todo—. La repartija —repitió—. No pretendo la mitad... Sé que Joe era amigo suyo, así que tiene más derecho que yo. Lo sé. Pero también estoy aquí, Parker, tendrá que reconocerlo... Tiene que cerrar trato conmigo.

— ¿Cuánto?

—Haga una oferta.

¡Maldito Tiftus! Hablaba sin cesar, como si supiera exactamente de qué, pero sin decir nunca nada. Charla, charla, charla, sin resultado alguno.

Algunos detalles eran obvios: la llegada de Tiftus significaba que creía en la posibilidad de hacerse de dinero, y esta esperanza tenía alguna relación con Joe Sheer. Además, suponía que la presencia de Parker obedecía al mismo motivo. Pero esas esperanzas de Tiftus, ¿tenían algo que ver con los problemas de Joe, con su muerte, o con los merodeos del capitán Younger?

Los interrogantes eran demasiados, las respuestas muy pocas, y el tiempo escaso. Lástima grande que Tiftus fuera tan poco digno de confianza; si no, Parker habría podido llegar a un acuerdo con él. Pero con Tiftus, nunca; jamás se relacionaría con él. ¿A quién se le ocurría traer consigo una mujer? Alguien incapaz de renunciar a sus comodidades en momentos como aquellos era un mal socio.

—Haga una oferta, Parker —insistió Tiftus.

Parker se detuvo, se volvió y lo asió por la camisa anaranjada.

—Aquí tiene mi oferta... y es la tercera en el día.

—¡No!

Parker le dio un golpe, lo bastante fuerte como para que lo sintiera, aunque no para desvanecerlo. Cuando lo soltó, el hombrecillo se sentó en la acera, como un niño.

Parker se plantó a su lado, con los puños cerrados.

—La próxima vez que aparezca, lo arreglaré de modo que no pueda volver a presentarse más. Usted me conoce y sabe que no hablo en vano —amenazó.

Tiftus se quedó allí, sin decir nada. Parker miró a su alrededor; se encontraban en una calle residencial de casas con pórticos. Pasaron unos cuantos coches, cuyos ocupantes observaron con curiosidad a Parker y Tiftus, aunque sin detenerse. Por esa cuadra no pasaba ningún transeúnte.

—Adiós —dijo Parker y, volviéndose, se alejó.

Detrás de él, Tiftus se quedó sentado en la acera. Los que pasaban en los coches, se fijaron en el hombrecillo de chillonas vestimentas, sentado en la acera. Al poco rato, este ge puso de pie y echó a andar, sin seguir a Parker.

Capítulo 4

La casa parecía privada, a no ser por la plaquita de metal sobre el césped:

L. D. RAYBORN, MÉDICO

Al subir el amplio pórtico, Parker vio otro letrero, junto a la puerta principal, donde decía solamente Consultorio, con una flecha que señalaba a la derecha. Hacia allá se dirigió Parker, hasta llegar a un pequeño recinto con otra puerta, y otro cartel, esta vez encima del timbre: LLAME Y ENTRE.

Llamó, probó el tirador de la puerta y descubrió que estaba cerrada. Exasperado, volvió a llamar con más fuerza. Una enfermera enojada lo miró a través de la tela metálica de la puerta diciendo:

—El consultorio abre recién a las dos.

—No soy un paciente —explicó Parker—. Quiero ver al doctor por otro asunto.

—No puedo ayudarlo —insistió ella—. El consultorio no abre hasta las dos.

—En tal caso, intentaré encontrarlo en su casa —repuso Parker.

Cuando se alejaba, la mujer le gritó:

—De nada le servirá. El consultorio no abre hasta las dos.

Por el pórtico, volvió a la puerta principal, llamó y al cabo de un minuto salió a atenderlo un hombre rollizo, de pantalones

manchados de pintura y una camiseta gris.

— ¿En qué puedo serle útil? —preguntó.

—Busco al doctor Rayborn.

—Aunque parezca extraño, soy yo. Estaba trajinando en casa... Si se trata de una visita médica, mi horario normal de consultorio es de dos a cinco, a menos que se trate de alguna emergencia.

—No es una visita médica... Quisiera hablar con usted acerca de uno de sus pacientes, Joe Shardin.

—Ah, Joseph Shardin —exclamó el médico, aparentemente complacido, sin que se supiera por qué—. ¿Lo conocía?

—Éramos antiguos amigos... Me llamo Charles Willis.

—En tal caso, entre; encantado de conversar con usted —sonrió el médico, antes de cerrar la puerta al paso de Parker—. Por aquí, venga a la salita... Joseph Shardin era un hombre excelente, de los que uno detesta perder, ¿sabe? Siéntese donde quiera. ¿Dice usted que era un antiguo amigo suyo?

—Hicimos negocios juntos, hace años —explicó Parker.

No se mostraba evasivo por capricho, es que ignoraba cuál habría sido la versión de Joe Sheer, sus afirmaciones relativas a su vida anterior.

—Ahora estaba retirado, ¿sabe? —preguntó el médico.

—Ya sé... Lo hizo cinco o seis años atrás.

—Cuando vino aquí —asintió el doctor, como si acabaran de llegar a un acuerdo importante respecto a algo—. Creo que tenía parientes en Omaha, o sea apenas a treinta y cinco kilómetros de aquí. O, no, espere un minuto; no tenía ningún pariente, ¿verdad?

Como aquello era complicado, por espacio de un minuto, Parker no supo cómo encararlo. Joe Shardin había dividido su tiempo entre una casa en ese pueblo, y un departamento en Omaha. Allí, más seguro en su intimidad en una ciudad bastante grande, se encontraba de vez en cuando con amigos, y a veces hacía de consejero para algún grupo que planeaba un golpe

difícil. En cambio, en ese pueblecito no era más que un anciano jubilado, un pescador, un jugador de damas, fumador de pipa. Lo mejor sería aparentar ignorancia:

—Nunca supe gran cosa de su familia.

—Era un hombre solo, aunque no solitario, como otros ancianos que solo esperan la muerte —declaró el médico, con cierta ampulosidad—. Nunca le pareció haber terminado su vida, o al menos así lo creí...

— ¿Lo trató durante mucho tiempo?

—Más o menos los últimos tres años.

— ¿Cuánto...?

Pero no alcanzó a formular esa pregunta, pues en ese momento sonó un teléfono. Se oyeron pasos afuera, y apareció la enfermera, que después de mostrar su afrenta al ver que Parker había logrado entrar, anunció:

—Es para usted, doctor...

—Gracias. Recibiré aquí el llamado. Discúlpeme un minuto —agregó Rayborn, dirigiéndose a su visitante al tiempo que se ponía de pie.

—¡Cómo no!

El médico fue a sentarse junto a una mesita reluciente; levantó el auricular y dijo:

—Habla Rayborn... —Y escuchó—. ¿Es quien yo creo? Sí, llamó. Sí, está... Claro que no. Lo intentaré, pero no le prometo nada... Hágalo. Adiós.

Aunque no existía motivo para suponer que ese llamado tenía algo que ver con Parker, si era así, este podía imaginar la otra parte de la conversación. Si Gliffe, Rayborn y Younger actuaban juntos en lo que fuera, entonces Gliffe llamaría no solo al médico, sino a los otros dos. Pero tardaría un tiempo en comunicarse con Younger, puesto que este se hallaba apostado frente al hotel. De todos modos, tarde o temprano Younger se enteraría, y entonces iría a ver la pieza de Parker y comprobaría su ausencia. Entonces llamaría a Rayborn. Cuando el médico

dijo «sí, llamó», querría decir que sí, Gliffe había llamado. Cuando dijo «sí, está», querría decir que Parker estaba allí. Al decir «claro que no», querría decir que por supuesto, no le había revelado nada. Y al decir «lo intentaré, pero no le prometo nada» significaría que iba a tratar de retener a Parker hasta la llegada de Younger.

Si es que la llamada tenía algo que ver con Parker... Si Younger, Rayborn y Gliffe eran cómplices en algo. Concluida su conversación telefónica, Rayborn regresó.

—Un paciente —explicó, sonriente—. ¿Por dónde íbamos?

—Durante los últimos tres años, estuve desconectado de Joe —mintió Parker—. Me preguntaba cuánto haría que sufría del corazón...

—Dos años o más —le mintió a su vez el facultativo—. A decir verdad; creo que fue el aumento de su presión sanguínea lo que lo impulsó a venir a verme por primera vez.

Parker sabía bien que hasta tres meses atrás, Joe no tenía problemas cardíacos. También sabía que Joe tenía un médico en Omaha. Un súbito ataque al corazón podía haberlo llevado hasta Rayborn, que en ese caso lo atendería en lugar del médico de Omaha, pero esa era la única manera. Lo que decía Rayborn era un infundio.

Lo cual significaba que sin lugar a dudas, el capitán Younger iba para allá.

Parker deseaba hablar con él, descubrir propósitos, pero todavía no; antes debía hacer otras cosas. Poniéndose de pie, dijo:

—Bueno, doctor, no lo demoraré más; debe estar atareado.

—Nada de eso, nada de eso —manifestó el doctor, aparentando indiferencia—. Tengo mucho tiempo; mi horario de consulta no empieza hasta las dos.

—Tengo que volver al hotel —repuso Parker, mientras se dirigía a la puerta principal.

El médico trotó tras él.

—Ni siquiera le ofrecí todavía café, ni una... seguramente podrá quedarse diez minutos más; quería conversar con usted acerca de Joe Shardin. Una excelente persona... No puede tener motivo para tanta prisa, si acaba de llegar, tomaremos una copa y...

Parker abrió la puerta.

—Quizás vuelva con más tiempo —declaró—. Tendremos mucho de qué hablar... en otra ocasión.

A una cuadra de distancia, se volvió, y vio el Ford negro que se detenía frente a la casa del médico. Pero entonces, dio vuelta la esquina y no vio lo que ocurría después.

Capítulo 5

La casa, pequeña, blanca y construida con tablas, se alzaba en un terreno angosto, en mitad de la cuadra, flanqueada de ambos lados por otras viviendas más grandes, aunque detrás tenía terrenos desocupados, campos y pavimentos sin terminar. Un manzano retorcido crecía en medio del patio del fondo.

La vez anterior, Parker había ido de noche y por el frente. En esta ocasión, se acercaba de día y por el frente, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos para protegerse del viento frío.

En su retiro, Joe había llegado a interesarse en las cosas que se suelen atribuir a los ancianos jubilados, incluida la jardinería. El patio del fondo estaba ocupado, mitad por césped, mitad por un jardín de flores, dispuestas en canteros alternados, como un tablero de ajedrez. La puerta interior estaba cerrada con llave. Parker probó el picaporte, tironeó de él, y luego se quedó observándolo unos segundos. No traía consigo herramientas de ninguna clase, pues no esperaba tener que utilizarlas.

No había motivo para andarse con vueltas. Levantando el pie derecho, golpeó la puerta con el tacón, encima del tirador. El estruendo fue considerable; el vidrio tembló como si estuviera a punto de romperse. Con el segundo puntapié, la puerta cedió con tanta violencia que fue a golpear la pared. Parker pasó, ajustó la puerta exterior de tejido metálico y volvió a cerrarla hasta donde le fue posible.

Se encontraba en la cocina, una pieza pequeña y cuadrada. La heladera, antigua, estaba pintada de nuevo; se veían lejos las

marcas del pincel. Tanto la mesita de madera como el aparador, estaban limpios, pero en el fregadero había quedado un plato, un juego de cubiertos, una taza para café y dos vasos. Al abrir la heladera, Parker descubrió que seguía funcionando; es decir que nadie había cortado la electricidad, lo cual era una tontería. El aparato contenía algunas comidas envasadas, emparedados y hamburgueses, lechuga, una botella de leche abierta, unas cuantas botellas de cerveza y un pan de manteca. Volvió a cerrar la heladera y miró a su alrededor. ¿Qué buscaba? Él mismo no lo sabía con exactitud; algo que le indicara cómo había muerto Joe, quién tenía la culpa, si existía, y qué buscaba el capitán Younger. Tal vez no encontraría nada, pero era el primer sitio donde debía buscar.

Registró el resto de la cocina, sin hallar otra cosa que lo que era previsible en una cocina de soltero. Concluía, y se disponía a explorar otra parte de la casa, cuando recordó algo. Del cajón de los cubiertos sacó un cuchillo, retiró el recipiente de harina del estante, y le quitó la tapa. Introdujo en él el cuchillo, y hurgó, sin encontrar más que harina.

Aquello no estaba bien... Allí debía haber una bolsita de tabaco, con veinte billetes de cincuenta dólares enrollados adentro: los fondos de Joe Sheer para la fuga. Los guardaba allí por si se veía obligado a marcharse con demasiada rapidez para recurrir a sus cuentas bancarias, y un par de años atrás había contado a Parker dónde los guardaba.

Ahora habían desaparecido, y eso no tenía sentido. No se veía otra señal de que nadie hubiera registrado la cocina, lo cual quería decir que no se los había llevado alguien que los hubiera encontrado casualmente, sino uno que conocía su existencia. ¿Quién podía ser, sino el mismo Joe Sheer? Pero, si Joe se hubiera llevado ese dinero, cinco minutos más tarde habría salido del pueblo; los mil dólares del recipiente de harina eran exclusivamente fondos para la fuga, que no debían ser utilizados para ninguna otra cosa.

Devolvió el frasco a su sitio, lavó la harina del cuchillo, lo secó y volvió a guardarlo en el cajón de los cubiertos. Luego salió de la cocina, para encontrarse en un *hall* central, sobre el cual daban todas las habitaciones de la casa: un *livingroom*, dos dormitorios, cuarto de baño, cocina, así como la escalera que daba al sótano y una puerta-trampa en el cielo raso, correspondiente al desván.

Primero, entró en el *livingroom*, pequeño y que parecía más reducido aún a causa del tamaño y color oscuro de los muebles. No había modificaciones desde su visita anterior; el televisor era nuevo, pero con un gabinete a la antigua, que correspondía al resto de los muebles.

Al mirar a su alrededor, notó el termostato en la pared, y se le ocurrió que hacía calor en la casa. Eso no era natural; la casa debía estar vacía desde dos o tres días antes. Alguien debía haber ido ya a cerrarla.

Se acercó al termostato, y se fijó en él, comprobando que la calefacción seguía funcionando, lo mismo que la electricidad. ¿Y el teléfono?

Estaba sobre una mesita tambaleante, junto al sofá. Parker levantó el auricular y escuchó un momento el sonido del discado; el aparato también funcionaba todavía. Alguien deseaba que aquella casa siguiera siendo habitable, y él ignoraba por qué... Ni siquiera se le ocurría un motivo.

Continuó registrando la habitación, por lo que pudiera encontrar, sin hallar nada. Luego seguía el cuarto de baño, donde el botiquín le indicó que durante los años recientes, Joe Sheer venía sufriendo molestias físicas de todas clases, aunque tal vez no del corazón. Fijándose en los frascos recetados, comprobó que todos provenían de la Farmacia Cinco Esquinas, de Omaha con el nombre del doctor Quilley. Según lo que indicaba aquel botiquín, el doctor Rayborn jamás había recetado nada a Joe.

Antes de salir, quitó la tapa del tanque de agua, puesto que la gente solía esconder objetos allí, ya fuera en el tanque mismo, envueltos en algo impermeable, o pegados con tela adhesiva al interior de la tapa. Esta vez no encontró nada en un sitio ni en otro.

La próxima habitación que visitó, fue el más pequeño de los dormitorios, que contenía una cama, un armario, una alfombrilla y una silla de cocina, porque de vez en cuando Joe tenía visitantes, gente como Parker. Ahora, la cama estaba tendida el armario vacío y el ropero más vacío aún. Nada que indicara mensaje alguno, salvo quizás que Joe no recibía visitantes desde hacía cierto tiempo.

El dormitorio de Joe resultó diferente del resto de la casa; no estaba tan ordenado. Según las apariencias, podía haber sido registrado ya dos o tres veces, cada una por torpes impacientes. Pero Parker sabía que aquella era la manera normal como Joe solía mantener su dormitorio. El resto de la casa podía estar limpio y ordenado, como por lo general lo estaba, pero su dormitorio era un revoltijo. Tal vez se debiera a que, en su juventud, había sido encarcelado una vez, y tuvo que pasarse cuatro años durmiendo en la estéril limpieza de una celda.

Le llevó largo rato registrar el dormitorio, sin resultado. En toda la casa no faltaba nada que él supiera, salvo los mil dólares del recipiente de harina. El teléfono y demás aparatos seguían funcionando; había más pruebas de que el doctor Rayborn mentía, y no se veían señales de que nadie más hubiera registrado la casa a fondo. Conocía unos cuantos datos... pero ninguna razón.

Le quedaban dos lugares que explorar; el desván y el sótano. Se paró en el salón central a reflexionar, y al fin decidió dejar el desván para el final. Se volvió, abrió la puerta del sótano, y entonces alguien con una bolsa en la cabeza se le echó encima desde las tinieblas, blandiendo algo que silbó, como el viento al ir a estrellarse con el costado de su cabeza. Parker tuvo tiempo

para sentir que su mano raspaba contra arpillera, para ver que las escaleras del sótano se precipitaban hacia él en un gran arco, agrandándose cada vez más, y luego perdió el sentido.

Capítulo 6

Aquella voz era como un ciempiés, un largo insecto retorcido de patas afiladas, que corría de un lado a otro sobre el lado izquierdo de su cara. Esta le dolía terriblemente, cada vez que sonaba la voz, que no cesaba. Con furia impotente, se agitó un poco, deseando que la voz dejara de lastimarle el costado de la cara.

Al moverse, logró reaccionar un poco más, hasta poder comenzar a distinguir sensaciones, diferenciar entre la voz que sonaba en sus oídos y los dolores en el costado de su cara, empezar a comprender que no se relacionaban, que al fin y al cabo no eran dos partes de lo mismo, sino dos sensaciones diferentes, que sirvieron ambas para devolverle los sentidos.

De allí en adelante no le costó reaccionar lo suficiente como para empezar a preguntarse qué decía la voz, y casi inmediatamente, comenzar a separar las palabras y descubrir su significado:

—... reaccione, Willis. Vamos, reaccione de una vez. No tengo todo el día. Vamos, viejo, vamos.

A eso se agregaba ahora algo; alguien que le empujaba y hurgaba el hombro izquierdo. Se quejó y volvió a moverse, retorciéndose sobre el piso de cemento, y de pronto reaccionó por completo, con los ojos abiertos y el cerebro en funcionamiento. Sentándose en el suelo, se encontró con la cara del capitán Younger.

Se encontraban en un sótano, brillantemente iluminado por bombillas sin pantalla colocadas a lo largo de la viga central. El

capitán estaba sentado en el penúltimo escalón de la escalera que conducía al piso principal, frente a la cual yacía Parker.

—¿Ya está consciente? —preguntó Younger.

—Me atacaron —repuso Parker.

—¿Seguro que no se cayó por la escalera? Se magulló bastante el costado de la cara... Tengo que hacerle unas preguntas. Por ejemplo, ¿qué andaba buscando?

—¿Cómo?

El capitán Younger señaló a la derecha.

—¿Qué andaba buscando, Willis? ¿Qué intentaba hallar?

Parker volvió la cabeza con lentitud, para mirar hacia donde señalaba el capitán. Había allí una carbonera con costados de madera, sin carbón, puesto que la calefacción funcionaba a petróleo desde hacía tiempo. El piso de tierra de la carbonera, había sido excavado en su mayor parte; un buen montón de tierra se alzaba sobre el piso de cemento.

—¿Y? —insistió el capitán.

—Yo no lo hice.

—Vamos, Willis; ¿me toma por estúpido? Ya sé lo que busca... Lo supe cuando llegó al pueblo. Cuando descubrió que el viejo miserable estaba muerto, se le ocurrió venir y salirse con la suya...

Sin entender nada, Parker sacudió la cabeza.

—Habla en chino... Voy a levantarme.

—Hágalo.

Apoyándose en la barandilla de la escalera, Parker se incorporó, mientras Younger se ponía de pie y ascendía tres escalones más, de modo de quedar fuera de su alcance.

—Subamos —dijo Parker.

—¿Qué buscaba, Willis?

—Yo me ejercito así... —repuso Parker, mientras, apoyándose otra vez en la barandilla, comenzaba a subir.

El capitán Younger retrocedió un poco más, con aire ofendido.

—Me lo dirá, Willis —exclamó con voz algo chillona—. Me dirá todo lo que quiero saber... Cuando yo ponga manos a la obra...

No terminó la frase; había llegado a lo alto de la escalera. Se apartó furioso, y Parker llegó arriba y se dirigió al cuarto de baño.

Al mirarse en el espejo, descubrió que el estado de su cara era desastroso. Desde la mandíbula hasta el cabello que crecía encima de su oreja, todo el costado izquierdo estaba moteado de rojo, morado y negro, como si alguien le hubiera arrojado lodo de vivos colores. La piel se le oscurecía e hinchaba alrededor del ojo izquierdo.

El capitán Younger fue a plantarse en el vano, para decir:

—¡Vaya, cómo se magulló!

—Llame a su médico domesticado; me hace falta.

—Con mucho gusto, Willis... No bien me diga lo que quiero saber.

Como estaba impaciente, y todavía mareado por la paliza recibida, Parker dijo más de lo que pensaba decir. Encarándose con el capitán Younger, exclamó:

—Usted ya lo sabe todo. Sabe que estuve cavando allá abajo sin pala, y que me golpeé la cara solo. Ya sabe qué buscaba... ¿Qué demonios pretende ahora?

—¿Qué dijo de la pala? —preguntó Younger, alarmado.

—¿Vio una pala allá abajo? ¿Con qué cree que me atacó el otro?

De pronto apareció un revólver en la mano del capitán Younger.

—Así que lo encontraron —gruñó—. Tenía un cómplice y lo encontraron... Y él se lo llevó.

—¿Qué cosa? ¿Cuándo empezará a hablar con sensatez?

—¿Dónde va él, Willis? Todavía tiene posibilidad de obtener una parte... Dígame adonde se dirige, cuál es su aspecto, con qué nombre viaja. Puedo transmitir un pedido de captura, hacerlo

arrestar para ser interrogado, vaya donde vaya. Usted no podrá alcanzarlo, pero yo sí.

Parker sacudió la cabeza.

—Hay una multitud de idiotas armados —aclaró—. Hablaré con usted después que vea un médico.

Younger pareció reflexionar un minuto.

—Así que no le preocupa perder tiempo... Quiere decir que tal vez sabe adónde va. Bueno, Willis, vamos al *livingroom* —agregó con un ademán de su mano armada—. Llamaré al doctor Rayborn, que podrá venir aquí mismo a cuidar de usted. Después hablaremos. No lo llevaré a la Jefatura; lo tendré aquí mismo, y cuando el doctor concluya su tarea, usted me dirá todo lo que quiero saber.

Entraron en el *livingroom*, donde Parker ocupó un sillón con la luz de las ventanas a la espalda, de modo que el capitán Younger no pudiera verle bien la cara. Younger hizo su llamado telefónico, antes de sentarse muy satisfecho en el sofá, con el revólver en las rodillas. Tenía el traje arrugado y descuidado; el sombrero de vaquero echado hacia atrás.

Al cabo de un minuto o dos de silencio, Younger manifestó:

—Ya sé lo que piensa... Piensa que no soy más que un policía rústico de tantos. Bueno, eso no me importa, Willis. Siga pensándolo mientras pueda. El doctor Rayborn no tardará en llegar, lo curará bien, dejándolo como nuevo, y entonces podrá empezar a decirme todo acerca de usted y su relación con Joe Sheer...

Parker tardó unos cuarenta segundos en darse cuenta de que Younger acababa de pronunciar el nombre verdadero de Joe, y no el nombre supuesto con el cual estaba enterrado. Al mirarlo con fijeza, Parker vio al capitán Younger allí, sentado, muy cómodo y complacido.

Capítulo 7

«...todo acerca de usted y su relación con Joe Sheer». Eso era fácil. Su relación reciente con Joe Sheer consistía en que había llegado a ese pueblo decidido a averiguar si tendría que matarlo o no. Y en cuanto a sí mismo, más fácil aún: era un ladrón.

Una o dos veces al año, Parker robada a una institución, antes que a individuos. No lo hacía por humanidad, sino porque las organizaciones tenían más dinero que los individuos; organizaciones como bancos, joyerías o una de las firmas que todavía pagaban en efectivo a sus empleados.

Parker no era un solitario; siempre actuaba con un grupo escogido, reunido para aquel único golpe específico. Cada participante era un especialista; las especialidades de Parker eran dos: el planeamiento y la violencia. Otros eran especialistas en abrir cajas fuertes, escalar muros o trazar planos sobre la única base de la observación, pero Parker se especializaba en planear la operación de modo que se llevara a cabo sin inconvenientes, y en detener a cualquier extraño que amenazara arruinarlo.

Era poco habitual que uno de esos golpes llevara más de un mes, entre planearlo y llevarlo a cabo, de modo que Parker solía dedicar no más de un mes o seis semanas por año a su oficio. Durante el resto del tiempo, vivía con los beneficios obtenidos, por lo general en algún centro de turismo costero, bajo el nombre de Charles Willis. Charles Willis era propietario parcial de diversos negocios en todas partes del país: playas de

estacionamiento, lavaderos y cosas por el estilo. Jamás le producían un centavo, pero justificaban los ingresos que figuraban en sus formularios de impuestos federales. En el papel de Charles Willis, tenía antecedentes completos: documentos y todo, suficientes para satisfacer a cualquiera.

Era Charles Willis en Miami, donde gastaba lo obtenido con su último trabajito, llevado a cabo en un lugar llamado Copper Canyon, en Dakota del Norte, donde había conocido a la mujer con quien vivía en ese momento. Fue entonces cuando recibió la primera carta de Joe Sheer, que decía:

> Parker:
>
> Parece que estoy en aprietos aquí, aunque creo poder solucionarlos. Sin embargo, será mejor que no intentes comunicarte conmigo por un tiempo, hasta que vuelva a arreglar todo. No vivo en mi casa de Omaha, sino aquí, en Sagamore. Durante un tiempo, si alguien trata de comunicarse contigo por intermedio mío, tendré que decirle que vaya a verte directamente, siempre que me asegure de su identidad. Si no, me haré el tonto, hasta que este inconveniente desaparezca. Ya te avisaré cuando todo vaya bien de nuevo.

Joe Sheer era un expresidiario, que había forzado su primera caja fuerte antes de la Primera Guerra Mundial. Ya no actuaba más, pero en su época había sido uno de los mejores en su oficio. No existía bóveda bancaria que no pudiera abrir, y se esmeraba en seguir siendo de los mejores. Durante su actividad sus servicios habían estado en permanente demanda.

Pero unos cinco años atrás se había retirado. Como Parker y la mayoría de los profesionales de su oficio, hacía años que usaba un nombre supuesto, junto con un falso medio de vida y todos los documentos de identidad que se podía pedir. Entre estos se

contaba una tarjeta de Seguridad Social. Poco después de cumplir los sesenta y cinco años, cuando comenzó a recibir pagos de Seguridad Social, Joe rio por espacio de una semana, y después se retiró. Esos pagos no cubrían el modo de vida al que estaba habituado, pero eso no era necesario, pues tenía guardada parte de su ganancia de años, en cantidad suficiente para mantenerlo.

Aunque abandonó su participación activa en la profesión, Joe no se retiró completamente de ella. Todavía solía participar en reuniones destinadas a planear algún golpe, y además, oficiaba como intermediario para Parker y unos cuantos más del oficio. Si alguien deseaba comunicarse con Parker, disimulado bajo su identidad de Willis, debía hacerlo primero con Sheer, quien le transmitía el mensaje. Entonces, si Parker lo deseaba, trababa contacto con el interesado en el sitio indicado. Si no lo deseaba, no contestaba; su falta de aparición era su propia respuesta.

Durante los últimos cinco años, aquella había sido la principal conexión entre Parker y Sheer, la de recibir y transmitir mensajes. Además, un par de años antes, se había refugiado en casa de Joe, en Omaha, mientras aquel tomaba medidas para que un cirujano plástico le proporcionara una cara nueva: la que llevaba hasta ese momento se había vuelto impopular. Desde entonces, salvo para uno que otro mensaje, Parker no había tenido contacto directo con Sheer.

Cuando recibió la carta, se preguntó qué clase de dificultades podría tener Joe, pero no llegó a perder el sueño por ese problema. De todos modos, estaba todavía bien provisto de fondos provenientes del último golpe, y no buscaba trabajo, de modo que no le importaba que el servicio de mensajero se interrumpiera un tiempo.

La segunda carta, llegada un mes más tarde, decía:

Parker:

> Debes perdonar a un viejo. Necesito ayuda. Sabes que jamás en mi vida presioné a nadie para que me sacara de apuros, pero estoy viejo, enmohecido y asustado. Si quieres mandarme al infierno, bueno, pero si tienes tiempo y ganas, me vendría bien una mano por aquí. No te prometo ninguna ganancia; en realidad, no sé cómo podrías recobrar los gastos de viaje, a menos que yo te los pague, cosa que haré. Si estás con alguna mujer, tráela, que también pagaré por ella. A un hombre joven y pujante como tú, no le costará nada dar cuenta de este problema mío; después podrás descansar y beber cerveza. Hace diez años, ni siquiera habría pensado dos veces en esta cuestión, pero ahora es diferente. De todos modos, si vas a venir, ven, y si no, no vengas. No te lo reprocharé. Y hagas lo que hagas, por amor de Dios no me llames por teléfono.
>
> Joe

Parker leyó la carta tres veces, antes de decidir al respecto. Parecía la manera de hablar y de escribir de Joe, pero no lo que este diría. La gente de su oficio no escribía esa clase de cartas. Para empezar, nadie pedía ayuda por un problema personal; en segundo lugar, si alguien la pedía, nunca ofrecía *pagar* por ella. Eso de ofrecer el pago del transporte, no correspondía.

En tercer lugar, un hombre no debía disculparse por su suerte. ¿Qué creía ser de pronto Joe Sheer, a los setenta años: el dueño de su destino? Un hombre era lo que el mundo decidía que fuera, y estaba donde el mundo decidía que estuviera, y en las condiciones dispuestas por el mundo para él. Si el mundo había decidido jugarle una mala pasada esta vez, no era propio de él lamentarse por ello.

Pero eso era algo que Joe ya sabía, o había sabido. A juzgar por aquella carta, ahora lo había olvidado.

Cuando por fin decidió que en realidad era Joe quien había escrito aquella carta, Parker sacó una valija y se puso a llenarla. No lo hacía por Joe Sheer; por lo que le importaba, Joe podía caerse muerto en aquel mismo instante. En realidad, eso sería mucho mejor, puesto que le ahorraría un viaje.

Iba por sí mismo; iba porque en la carta de Joe veía un peligro mucho más evidente y mortífero que los que Joe intentaba describir. Lo que veía, era la temblona escritura y la temblona mentalidad de un viejo. Joe se volvía senil; a los setenta años, perdía de vista el código de ética por el cual había guiado toda su vida.

En cambio, no había olvidado el nombre y dirección de Parker...

Joe Sheer estaba en condiciones de crucificar a Parker; de clavarlo contra la pared con cien clavos. Conocía su cara anterior, porque él mismo había preparado su entrevista con el cirujano plástico. Conocía su nombre falso, estaba enterado de veinte o veinticinco golpes en los cuales Parker había participado, sabía lo bastante acerca de él como para despellejarlo vivo.

Hasta ese momento, eso no importaba, pues Joe sabía en qué clase de mundo vivía, y cuál era su papel en él. Pero ya no. Ahora, Joe no era más que un expresidiario, asustadizo y enmohecido; un expresidiario dispuesto a traicionar a cualquiera de sus antiguos compañeros, a cambio de un buen colchón blando, una buena estufa caliente y un poco de tranquilidad.

Por eso, Parker preparó una valija, tomó un taxi y un avión, y cruzó el país hacia el noroeste, a fin de averiguar qué tendría que hacer para protegerse de Joe Sheer.

Llegó a Omaha el martes por la tarde, trasbordó del avión al tren y bajó al anochecer en el pueblo de Sagamore, donde se alojó en el hotel. Esta vez no pensaba quedarse en casa de Joe, pues ignoraba cuáles serían sus relaciones con él. Y utilizó el

nombre de Charles Willis, porque lo había utilizado en otras ocasiones al ir a ver a Joe. Ignoraba que esta vez la cosa se complicaría; que antes del mediodía siguiente, aparecería en escena un policía local. De haberlo sabido, habría empleado otro nombre.

Sagamore era un pueblo de mala muerte, mantenido por unas cuantas fábricas pequeñas y sucias. Por la noche, más tarde, Parker fue a casa de Joe, pensando hablar con él para ver cómo era la situación. Fue a pie, tanto porque el pueblo era pequeño, y nada quedaba demasiado lejos de nada, como porque en el futuro, quizás querría que nadie pudiera declarar sin lugar a dudas, que esa noche Charles Willis había estado por allí.

Encontró la casa completamente a oscuras, pese a que eran poco más de las ocho. Llamó a la puerta, diciéndose que los viejos seniles solían sentarse en la oscuridad, y entonces un adolescente lo llamó desde el pórtico de la casa contigua y le dijo que el señor Shardin había muerto el día anterior, y que el funeral tendría lugar al día siguiente, y que, en efecto, todo había sido muy súbito.

Demasiado súbito.

Volvió a su pieza del hotel, a pensar. Cuando recibió la segunda carta del anciano, este ya estaba muerto. ¿Qué le había ocurrido? ¿A qué dificultades se refería? ¿Se trataba de algo que pudiera relacionarse con Parker y delatarlo?

Joe estaba muerto, pero, al fin y al cabo, eso no solucionaba todo. Parker necesitaba averiguar todavía cómo había muerto Joe, quién le provocaba dificultades y de qué clase, y si quedaba en el pueblo de Sagamore alguien capaz de poner en aprietos a Parker o a Charles Willis. Tenía que averiguarlo enseguida, sin esperar a que surgieran las dificultades, pues entonces sería ya demasiado tarde.

Por eso se quedó por la noche, y en la mañana bajó a pedir al empleado el periódico local, pero este era un semanario que aparecía los jueves, de modo que lo que le hacía falta era un

diario zonal, cuya oficina quedaba en Lynbrooke, a siete kilómetros de distancia.

Contrató a un taxi para que lo llevara a Lynbrooke, ida y vuelta. Allí compró el diario del día anterior. Cuando salía con él de la agencia del diario, vio un Ford detenido detrás del taxi, y a un sujeto rollizo, de traje castaño y sombrero de vaquero, que, apoyado en la ventanilla, conversaba perezosamente con el conductor. Cuando Parker se acercó, el gordo se alejó, y subió en el Ford negro.

Regresaron a Sagamore seguidos por el Ford. Al cabo de unos kilómetros, Parker preguntó al conductor del taxi:

— ¿Quién es ese tipo del sombrero de *cowboy*?

— ¿Quién, el que hablaba conmigo?

—Parecía de la policía... ¿Lo es?

—Se podría decir que sí.

— ¿Qué clase de policía?

—De los peores.

—Me refiero a su nivel... ¿Del estado, local, de distrito... a cual pertenece?

—A la local... Dirige la fuerza policial de Sagamore.

— ¿Es numerosa la policía local?

—Tal vez tenga doce hombres, quince, no sé —replicó el otro, encogiéndose de hombros.

—Una gran responsabilidad... ¿Cómo lo llaman, comisionado?

—Capitán... Cuenta con un par de tenientes, todos los demás son sargentos.

— ¿Cómo se llama este capitán?

—Younger.

— ¿Qué quería saber de mí?

— ¿Quién dijo tal cosa? Conversábamos, nada más.

—Claro —repuso Parker, encogiéndose de hombros y mirando el Ford, que les seguía con indolencia—. ¿Cómo es que usted no es uno de sus sargentos?

El conductor no dijo nada por espacio de un minuto. Se agachó más sobre el volante, y su Chevrolet aumentó la velocidad. Pero al cabo de unos segundos, volvió a disminuirla, y dijo, en voz tan baja que Parker apenas alcanzó a oírlo:

—Ya tengo este trabajo.

—Claro.

Después de eso siguieron en silencio, hasta llegar al hotel. Entonces, cuando Parker le pagaba, el conductor dijo con rapidez:

—Quería saber si yo conocía su nombre, si usted dijo algo durante el viaje, si alguna vez lo había visto por el pueblo, si dijo qué buscaba en el diario del distrito, si mencionó algún nombre.

—Gracias.

—Aunque hubiera sabido algo, no se lo habría dicho a ese canalla.

Parker bajó del auto, y se detuvo un segundo, mientras el conductor del Chevrolet le hacía describir una vuelta en redondo, para instalarlo en su sitio de estacionamiento, frente a la estación del ferrocarril. El Ford se arrimó a la acera, pocos metros hacia la izquierda. El capitán Younger lo abandonó pesadamente, se pasó un pañuelo por la frente, sacó un cigarro y se dispuso a encenderlo con gran ceremonia, y sin mirar para nada a Parker.

Cuando Parker entró en el hotel, el capitán se quedó plantado en frente. Más tarde, donde iba Parker volvía a encontrarse con Younger, hasta acabar en casa de Joe, frente a frente. Parker y el capitán Younger, y aquel todavía no sabía nada de nada...

Salvo que estaba en aprietos.

Parte 2

Capítulo 8

Aunque mentía mal, el doctor Rayborn era un buen médico. Sin hacer preguntas puso manos a la obra en la *cara del herido*. A través de su eficiencia, se traslucía su nerviosidad, como el cielo que se ve de manera intermitente, por entre las nubes que lo cubren. Cuando por fin terminó, y guardaba sus instrumentos, Younger le dijo:

—Esto queda entre nosotros, Larry.

Sin levantar la vista de su maletín, el médico repuso:

—Esto es lo último, Abner, el colmo. Ya basta. No vuelvas a llamarme.

—Yo no le hice eso —repuso el policía—. Rodó escalera abajo... ¿No es verdad Willis?

Parker no respondió palabra. Rayborn objetó:

—No se hizo eso cayendo por la escalera... No me mientas, Abner, no soy ningún tonto.

—Pues lo que digo es que yo no se lo hice —insistió el policía—. Maldita sea, Willis, ¿acaso le puse la mano encima?

Parker siguió callado e inexpresivo, observando a los dos. Tarde o temprano, tendría que hablar en privado con el doctor Rayborn, el eslabón débil.

—No me interesan los detalles, Abner —decía este—. No quiero saberlos, como no quería saber...

—¡Cállate! Te vas a poner en aprietos... Vas a poner a *todos* en aprietos. Vamos, cuídate.

—Lo siento, es que...

—No quieres dejar de hablar, ¿eh? Vete a casa, Larry; más tarde te llamaré.

—Está bien —repuso el médico, nervioso y agitado—. Abner, no quiero más de esto... Es la última vez. Lo digo en serio.

—Ya te dije que te llamaría más tarde.

Rayborn vaciló unos segundos más, antes de encogerse de hombros y salir por la puerta principal, que cerró a su paso. En el silencio siguiente, Younger lanzó una nube de humo azulado y dijo:

—Ese hombre es un llorón. Nada más que un llorón.

Sin mover la cabeza, Parker movió los ojos para mirarlo, a la espera de lo que sucedería. Todavía sentía raro el rostro, con el lado izquierdo entumecido. Con un enorme suspiro, el capitán Younger se puso de pie, con el cigarro en la mano izquierda y el revólver en la derecha. Se paseó un poco por el cuarto, manteniéndose bien alejado de Parker, a quien dijo al final:

—La cuestión es: ¿sabe dónde está, o no? Esa es la cuestión. Al principio pensé que sí lo sabía, y que no me haría falta más que ocuparme de no perderlo de vista, para que me condujera derecho hasta lo que busco. Pero ya no lo creo así. No está aquí, no creo ni por un minuto que esté en esta casa, de modo que al buscarlo aquí, demuestra no saber más que cualquiera. ¿No es así? ¿O acaso sí está? ¿Sabe con seguridad que está aquí? ¿Por qué cavaba en el sótano?

Parker sacudió la cabeza sin decir palabra.

—Está bien; si no fue usted, habrá sido su socio, el tipejo de las ropas extravagantes. Se lo vio golpearlo en la cara, en plena calle, esta tarde. ¿Qué opina de eso?

—No mucho.

—Es su socio, ¿no?

—No.

— ¿Acaso no estaba cavando aquí abajo?

—Puede que haya sido él, puede que no. El que me atacó, se cubría la cabeza con una bolsa de arpillera.

—¡Oh, déjese de tonterías! ¡Usted bajó con él! ¿Por quién me toma?

—Por un rústico, un cretino y un charlatán, y un cobarde de los pies a la cabeza —replicó Parker.

El capitán se detuvo de pronto y lo miró con fijeza. Su cara se puso roja; la mano que empuñaba el arma, blanca. Abrió la boca tres veces antes de conseguir decir nada, y entonces las palabras surgieron en un susurro estrangulado:

—Sería capaz de matarlo, Willis, ¿o no lo sabe? Yo domino este pueblo, dirijo su fuerza policial. Podría matarlo aquí mismo de un tiro sin que nadie me lo reprochara jamás. Estoy seguro de que lo buscan en algún lado por algo; un viejo amigo de Joe Sheer, tiene que figurar en alguna lista de capturas recomendadas. Lo descubrí robando en la casa, y cuando quise arrestarlo, me atacó. Entonces lo maté en defensa propia. ¿Es que no lo sabe? Podría matarlo aquí mismo sin pensarlo dos veces.

—Si me mata, jamás sabrá nada.

—¿Ah, no? ¿Ah, no? —Por algún motivo, eso pareció enojarlo más que antes—. Explíqueme eso... Explíquemelo, y pronto. ¡Lo mataré, por Dios! Deme un motivo para que no lo mate en este mismo instante.

—Fui a ver a Gliffe —repuso Parker.

—¿Y qué? ¿Qué significa eso?

—Piénselo usted mismo.

—¿De qué demonios habla?

—Usted no entiende qué es lo que pasa, Younger. Tiene una teoría, pero no funciona, está llena de agujeros. ¿Acaso su teoría explica por qué fui a ver a Gliffe y a Rayborn? ¿Le explica por qué fui a Lynbrooke?

—En busca del diario, claro está. Yo sé por qué fue a Lynbrooke, fue en busca del diario.

—¿Y para qué quería el diario?

Younger, cada vez más desconcertado, irritado e impaciente, agitó los brazos como enloquecido, mientras vociferaba:

—¿Qué demonios me importa eso? No me interesa para qué quería el diario, ¿qué me importa? Yo sé para qué vino a este pueblo, no me venga con...

La estridente campanilla del teléfono interrumpió sus gritos. En el silencio que se produjo, Younger sacudió la cabeza y dijo:

—Es su socio que lo llama... Pero contestaré yo, Willis; ¿qué le parece?

Nada quedaba por decir. Younger no era más que un estúpido con título; que se le dé autoridad a un estúpido, y al cabo de un tiempo olvida que lo es. El policía levantó el auricular antes que la campanilla sonara por tercera vez, se lo llevó a la oreja cuidadosamente, como si temiera un poco que pudiera explotar, y dijo con cautela:

—Hola... ¡Hola! Sí, habla él —agregó, con súbita expresión de alivio—. ¿Quién? ¿Local? ¿Cuánto hace? —preguntó en voz baja, con la mirada fija en Parker.

Este comprendió que pasaba algo malo, aunque ignoraba hasta qué punto, y de qué manera se relacionaba con él. Observó y esperó, preguntándose si en el plazo de uno o dos minutos, tendría que atacar a Younger, matarlo y ponerse a ocultar sus huellas en el pueblo.

La situación empeoraba cada vez más, y lo peor de todo era que estaba utilizando su nombre falso de Charles Willis. Si lo estropeaba, tendría que empezar de nuevo desde el principio.

Se miró las manos. Las puntas de esos dedos figuraban en un registro de Washington, bajo el nombre de Ronald Casper, a quien se buscaba por matar al guardia de una prisión modelo de California, resultado de un mal rato sufrido con su esposa, muerta pocos años antes. Era probable que al mismo Parker se lo buscara por uno que otro robo, aquí y allá, aunque sin la conexión de las impresiones digitales. Pero hasta ese momento, a Charles Willis no se lo requería en ninguna parte.

No podía permitir que Younger lo arrestara por ningún motivo, ni siquiera por escupir en el suelo. No podía dejar que relacionaran a Charles Willis con Ronald Casper, dos nombres vinculados por medio de Parker. De algún modo, tenía que librarse de aquello salvando el nombre de Willis.

De haber sabido que habría inconvenientes, que Joe estaba muerto, no habría utilizado ese nombre. De haber sabido cómo era la cosa, ni siquiera habría ido al pueblo de Sagamore.

En el teléfono, Younger decía:

—Enseguida voy... Y que los agentes del Estado no se metan en esto; lo haremos solos. —Luego colgó, y con el entrecejo fruncido, se encaró con Parker—. Bueno... Puede que tenga razón.

— ¿Con respecto a qué?

—Cosas que ignoro, que debo averiguar...

Parker lo contempló, preguntándose qué le habría ocurrido a Younger para que cambiara así. El capitán continuó:

—Acaban de encontrar a su socio muerto a golpes... al parecer, con una pala. En su cuarto del hotel —agregó, asintiendo con la cabeza.

— ¿En mi cuarto?

—Eso dije... Vamos a verlo —agregó Younger, quien después de mirar su revólver como si lo viera por primera vez, se lo guardó en el interior de la chaqueta.

Capítulo 9

El cuarto estaba lleno de policías. Al parecer, al fin y al cabo, algún subordinado de Younger había invitado a concurrir a la policía del Estado. Todos aquellos técnicos, con cámaras y tizas, polvos y libretas y sobrecitos blancos, parecían demasiado profesionales, hábiles y eficientes para ser parte de la policía local.

La policía local, estaba representada por tres granjeros de caras pastosas y arrugados uniformes azules, que dentro de la habitación parecían hallarse incómodos. Cerca de la puerta, Parker observaba. Al entrar y ver a los profesionales en plena labor, Younger había maldecido por lo bajo, diciéndole:

—Espere aquí y no hable con nadie...

En ese momento, del otro lado del cuarto, conversaba con el que debía comandar al grupo de agentes del Estado; un hombre alto, erguido y de aspecto vigoroso, con cara de profesor.

Parker observó y esperó... Desde donde estaba, alcanzaba a ver a Tiftus en el suelo, junto a la cama. No quedaba gran cosa para ver. Había estado de espaldas de modo que la pala, o lo que fuera, le dio en la parte posterior de la cabeza, quebrándole el cráneo como un huevo. Cayó de bruces y murió.

Ahora, los técnicos se movían a su alrededor como si se dispusieran a lanzarlo al espacio. Del otro lado de la pieza, Younger no se mostraba satisfecho; aunque intentaba discutir, llevaba las de perder. El policía del Estado se mostraba cortés, pero firme, y era evidente que Younger no tenía posibilidad alguna.

Este también lo comprendió al cabo de un tiempo; se dio por vencido y volvió junto a Parker, para decirle:

—Tenemos que hablar...

— ¿Ah, sí?

—Afuera, en el pasillo.

Parker sabía que esto era una estupidez, por el momento, la cosa estaba en manos de Younger. Al seguirlo, sintió sobre la espalda la mirada del policía del Estado.

En el pasillo, un poco alejado de la puerta, Younger se volvió y le dijo:

—Su situación está aclarada, en cuanto a haberlo matado...

— ¿Y?

—Lo está conmigo. Yo sé que no fue usted... Ellos no lo saben.

— ¿Por qué no?

—Saben cuándo lo mataron, dentro del plazo de media hora... Entonces, yo ya estaba con usted. Yo soy su coartada.

—Y yo la suya.

— ¿La mía? —exclamó Younger, sorprendido—. ¿Para qué diablos necesito yo una coartada?

—Usted busca algo, lo mismo que Tiftus...

—Y que usted, maldita sea. No tenemos mucho tiempo, Willis; no lo perdamos con tonterías... El caso es que yo soy su coartada... si quiero serlo. Si no quiero, usted está perdido.

— ¿Todavía no dijo nada?

—Ni una palabra... Regan, ese con quien hablaba, quiere hacerle unas cuantas preguntas.

— ¿Por qué?

—Porque la pieza es suya... Porque es forastero aquí, lo mismo que ese sujeto muerto, y porque se conocían.

—De modo que quiere hacer un trato.

—Socios —repuso Younger—. Mitad y mitad de todo...

—No sé dónde está eso.

—Entonces, nos uniremos para buscarlo. Alguien lo mató —continuó el capitán, señalando con el pulgar la pieza que

acababa de abandonar—. No fue usted, ni tampoco yo... Quiere decir que hay alguien más en esto. Tenemos que permanecer unidos por su propio bien.

Lo que más le convenía, era seguir la corriente a Younger, a la espera de una oportunidad para aventajarlo.

—Trato hecho —declaró Parker.

—Muy bien —exclamó Younger, aliviado—. Todavía tenemos que dejar que Regan hable con usted, pero no se preocupe; yo estaré presente.

Parker, que no estaba preocupado, dijo:

—Más tarde quiero abandonar el hotel...

—¿Por qué? ¿A dónde quiere ir? —inquirió Younger, suspicaz.

—De vuelta a casa de Joe...

—Buscaremos *juntos*, Willis.

—No a buscar, sino a vivir... a quedarnos.

—¿Por qué?

—Allá no hay policía.

—No pensará escapar, ¿eh?

—¿Y dejarle todo a usted?

Era lo que le convenía decir. Younger asintió con la cabeza, diciendo:

—Bueno, entonces... Volveremos juntos. Una cosa le diré: no creo que esté en la casa. Ya la registré, y no creo que esté allí. Pero lo encontraremos, ¿eh?

—Por supuesto.

Feliz al pensarlo, Younger exclamó:

—Vamos... Vamos a hablar con Regan.

Capítulo 10

Sentado frente al escritorio, Parker fumó un cigarrillo, a la espera del regreso de Regan. Tras él, Younger se paseaba de un lado a otro, chupando un cigarro y murmurando entre dientes.

Se hallaban en la oficina del gerente del hotel, ocupada por Regan para sus entrevistas. Una vez en la oficina, Regan recordó algo que tenía que hacer, se disculpó y dejó solos a Younger y Parker.

—¿Puede haber micrófonos ocultos aquí? —preguntó el segundo.

—¿Cómo? Por supuesto que no.

Parker sacudió la cabeza; no entendía la conducta de Regan. Tenía que saber que Parker y Younger ya habían conversado en el pasillo, y que habían llegado juntos. ¿Qué se proponía?

De haber podido elegir, Parker se habría puesto del lado de Regan, contra Younger, pero como no podía elegir, se creía obligado a hacer lo que pudiera con lo que tenía. Finalmente, Regan regresó, diciendo:

—Lamento haberlo hecho esperar, señor Willis. Es Willis, ¿verdad?

—Sí, Charles Willis.

—Claro está... Siéntese, Abner, ¿quiere? ¿Podría mostrarme algún documento de identidad, señor Willis? Para los registros, nada más.

Parker sacó su billetera, que puso abierta encima del escritorio.

—Allí está todo... Revísela.

—Ah, gracias, no será necesario —repuso Regan, con sonrisa cortés, antes de volverse hacia Younger—. Vendrá uno de mis taquígrafos, para que usted no tenga que llamar al suyo... Por supuesto, le enviaré una copia.

Al mirar al capitán, Parker vio que a este ni se le había ocurrido pensar en un taquígrafo; que Regan se había tomado ese trabajo solo para insultar a Younger, y que este había recibido el insulto como un puñetazo en la boca del estómago, aunque no dijo palabra.

Regan se dirigió a Parker:

—Según tengo entendido, usted y el señor Tiftus actuaban juntos en sus negocios...

—Yo no. Está en un error —repuso Parker.

— ¿Ah, sí? Eso es lo que tenía entendido. Entonces, ¿conocía al señor Tiftus de alguna otra manera?

—Lo encontré antes en Miami, en las carreras de perros. Era dueño de algunos...

—Ah, se ocupaba de carreras... ¿Se ocupa usted de carreras, señor Willis?

—No, de negocios.

— ¿Negocios? ¿Puedo preguntarle de qué clase?

—Diversos... Propiedades, playas de estacionamiento, lavaderos automáticos, en varias partes del país. Allí hay documentos acerca de algunos —agregó Parker, señalando la billetera.

Pero Regan no la miró siquiera.

—Entonces, usted y el señor Tiftus no vinieron juntos, y fue mera coincidencia que volvieran a encontrarse aquí.

—No, no lo fue —repuso Parker, sacudiendo la cabeza.

— ¿No fue coincidencia? —exclamó el detective, con aparente sorpresa—. ¿Quiere decir que planeaba encontrarse aquí con él?

—No... Ignoraba que iba a verlo aquí, pero vine para el funeral de Joe Shardin y creo que Tiftus también. Si uno se

encuentra con otra persona en el funeral de un conocido común, no es coincidencia.

—¿Shardin? —repitió Regan, encarándose con Younger.

—Un viejo jubilado —explicó este—. Murió hace unos pocos días, fue enterrado esta mañana.

—¿Nacido aquí?

—Hacía unos cinco años que vivía en este pueblo.

Regan volvió otra vez su atención a Parker.

—De modo que los dos vinieron para el funeral de ese Shardin...

—No podría asegurárselo. Yo, sí, y me imagino que él también, pero no lo sé con seguridad.

—¿Y en cuanto a su asesinato? ¿Tiene alguna idea al respecto?

Parker se limitó a sacudir la cabeza. Regan sonrió y continuó:

—Bueno, no tardaremos mucho más... Agradezco su cooperación, señor Willis. Pero estoy intrigado... Lo mataron en su cuarto. ¿Le dio usted permiso para entrar en él?

—No...

—Bueno; ¿tiene alguna idea de qué puede haber estado haciendo allí?

—Quizás haya estado buscando algo para robar.

Esta vez Regan quedó realmente sorprendido; la mirada que echó a Parker no era simulada.

—¿Robar? —repitió—. ¿Quiere decir que el señor Tiftus era un ladrón?

—No afirmaría tal cosa con seguridad... En Miami oí unos rumores.

—Comprendo. Entonces, usted diría...

Se abrió la puerta, y entraron dos policías, que traían entre ellos a la mujer de Tiftus, Rhonda. Regan alzó la vista, irritado, y uno de los agentes comenzaba a decir algo, cuando Rhonda descubrió la presencia de Parker y se echó a gritar:

—¡Ese es! ¡Ese es el canalla que mató a mi marido! ¡Ese mismo!

Parker la miró, y entonces comprendió para qué se había ausentado Regan: para preparar aquella escena. Miró al detective, para ver cómo seguiría la cosa.

Regan simulaba hasta el fin. Poniéndose de pie, miró a sus subordinados con severidad.

—¿No saben que no deben interrumpir de esa manera? —exclamó—. Les dije que esperaran afuera.

La mujer seguía vociferando:

—¡Ese es! ¡Ese es!

—Sáquenla de aquí —ordenó Regan—. ¿Que les pasa a ustedes dos?

Los agentes no representaron tan bien sus papeles. Debían haberse mostrado avergonzados, o intentado disculparse. En cambio, hicieron dar la vuelta a la mujer y la condujeron otra vez afuera. Ella siguió aullando hasta que cerraron la puerta.

—Lamento lo sucedido —declaró Regan.

Parker, que también sabía simular a cara descubierta cuando era necesario, inquirió:

—¿Soy sospechoso? No me había dado cuenta.

—No, señor Willis; yo no diría exactamente que es un sospechoso. Claro está que investigamos todo, como es nuestro deber. De paso, ¿tiene inconveniente? No quiero ser inquisitivo, pero su cara...

—Rodé por la escalera de un sótano —declaró Parker, tocándose el rostro, aún sensible al tacto.

—Lamento enterarme de eso... ¿Fue hace poco?

—Esta tarde.

—¿De veras? ¿Se hizo atender por algún médico?

—Sí; el doctor Rayborn, un médico local.

Regan volvió a encararse con Younger para preguntarle:

—¿Conoce a este doctor Rayborn?

—Yo soy quién lo llamó —repuso el capitán.

Aunque sorprendido de nuevo, Regan lo disimuló mejor esta vez.

—¿Estaba presente? —preguntó.

—Willis y yo estábamos en casa de Joe Shardin cuando ocurrió.

—Comprendo... ¿Y este Tiftus estaba con ustedes?

—¿Tiftus? —repitió Younger con incredulidad—. ¿Qué iba a estar haciendo con nosotros?

—Creía que todos ustedes conocían a Shardin.

Parker intervino diciendo:

—No sé con respecto al capitán, pero yo no estaba para nada con Tiftus... Esta mañana fue a mi cuarto, pero como me negué a perder tiempo con él, se marchó.

—¿Y fue esa la última vez que lo vio?

—Lo vi poco más tarde, en la calle, pero apenas si nos saludamos.

—Comprendo... Sin embargo, esa señora parece creer que usted pudo haber tenido motivos para matar al señor Tiftus. ¿Sabe por qué puede haber pensado tal cosa?

—No...

—Bueno, supongo que lo averiguaré cuando escuche su relato. ¿Hace mucho que conoce al señor Willis? —agregó, dirigiéndose al capitán.

—Un par de años —contestó el interpelado—. Joe Shardin nos presentó en una ocasión, durante otra visita suya.

—Comprendo... Bueno, señor Willis; creo que eso es todo por ahora. ¿Estará por aquí si necesito volver a hablar con usted? No pensaba volver enseguida a Miami, ¿verdad?

—No; de cualquier manera me quedaré por aquí un día o dos.

—Perfecto... Gracias otra vez por su cooperación.

Al ponerse de pie, Parker recogió su billetera, que estaba sobre el escritorio.

—No me quedaré más en el hotel —anunció—. Si quiere comunicarse conmigo, búsqueme en la casa de Joe Shardin; el

capitán tiene la dirección.

—Muy bien... Encantado de haberlo conocido, señor Willis.

Al decirlo, sonreía cortés y amistosamente, pero sus ojos observaban a Parker con directa curiosidad profesional, y no se puso de pie ni le tendió la mano. Lo mismo que Parker podía olfatear al policía en Regan, era evidente que este podía oler al proscripto en Parker. Se daba cuenta de que algo no encajaba, y parecía de esos policías capaces de empecinarse hasta descubrir lo que buscaban.

Younger también se puso de pie, pero Regan le dijo:

—¿Por qué no se queda para el resto de los interrogatorios, Abner? Podrá ayudarme a verificar los detalles locales y demás, así evitaré perder tiempo con indicios falsos.

Aunque no le gustó, a Younger no le quedó otro remedio. Malhumorado, volvió a sentarse y observó desconfiado la salida de Parker.

La pieza contigua era una pequeña oficina, ocupada habitualmente por la secretaria del gerente. En ese momento, se encontraba allí la mujer de Tiftus, con los dos agentes. Parker se acercó a ella para decirle:

—Yo no maté a su esposo. Cuando lo hicieron, yo estaba con el policía gordo.

Los agentes lo miraron, inexpresivos. La mujer estudió la cara de Parker antes de responder:

—No lo creo... ¿Quién otro puede haberlo liquidado, por aquí?

—El mismo que hizo esto —repuso Parker, tocándose la cara—. Con la misma herramienta.

Uno de los agentes intervino:

—Me parece que ustedes dos no deberían hablar.

Sin hacerle caso, Parker insistió:

—Estaré en casa de Joe Shardin. Cuando terminen con usted, vaya a verme.

—¿Y lo que hizo antes?

Parker comprendió lo que ella quería decirle: ¿cuánto había revelado él mismo a la policía? Le contestó:

—Todo lo que hice antes fue decirle a su marido que se marchara, cuando fue a mi pieza. Yo la vi a usted con él en el vestíbulo, cuando llegaron; por eso sabía quién era.

Ella sacudió la cabeza, dudosa.

—No estoy segura con respecto a usted —declaró—. No me he decidido...

—Será mejor que terminen ya —volvió a intervenir el agente.

Parker lo miró.

— ¿Trabajan para Regan o para Younger?

—Para Younger... A esta señora la vigilamos por cuenta de Regan, pero somos agentes municipales.

—Será mejor que consulten a Younger, antes de decirle a Regan que me detuve a conversar con ella.

— ¿Cómo es eso? —exclamó el policía, frunciendo el entrecejo.

—Ustedes ya saben lo que Younger opina de Regan —repuso Parker, pues eso no podía ser un secreto—. Esta vez, Younger quiere guardarse lo que sabe.

—Lo consultaré —repuso el policía, encogiéndose de hombros.

—Muy bien... Hasta luego, Rhonda.

Ella pareció sorprenderse de que él recordara su nombre.

Capítulo 11

Parker abrió la puerta e invitó:

—Adelante, Rhonda.

Ella entró con el aire beligerante de una mujer tonta que teme que se burlen de ella.

—¿Qué pasa con usted y el capitán Younger? —exclamó—. Es policía, ¿no?

—En efecto... Siéntese —repuso él, luego de conducirla al *livingroom*.

—Quiero algo para beber...

—En la cocina.

—Vaya un caballero...

—No tenemos mucho tiempo antes de la llegada de Younger.

—¿Y a mí qué me importa?

Parker sacudió la cabeza. Ella quería mostrarse altanera, sin tener motivo para serlo.

—Sea cual sea el botín, usted heredará la parte de Tiftus. ¿No significa eso nada para usted?

—¿Cómo es que me deja participar? A mi marido lo echó, pero a mí me deja. ¿A qué se debe, o es que quiere mostrarse bondadoso con la viuda?

—Usted no se llama Tiftus...

—Gracias a Dios que no. ¿Qué pretende de mí, viejo? ¿Piensa suplantar a mi marido?

—No —repuso él, y era la verdad.

—Bueno, entonces, no se trata de mi atractivo... ¿Qué es lo que quiere?

—Saber lo que pasa... Tiftus vino en busca de algo. Younger lo busca. Quien quiera sea el que mató a Tiftus, lo busca también. Todos piensan que conozco el escondite, pero no es así... Ni siquiera sé de qué se trata.

Ella lo miró con ojos dilatados.

— ¿No?

—Tiene algo que ver con Joe Sheer, pero no sé qué...

— ¿Quién diablos es Joe Sheer?

— ¿Usted está en su casa?

—Creía que se llamaba Shardin. Así figuraba en la guía telefónica, donde encontré su dirección.

—Cambió de nombre... La cuestión es, ¿le dijo Tiftus qué era lo que buscaba?

—Por supuesto... Dinero —replicó ella, como si se tratara de lo más obvio.

—Sí, pero ¿en qué forma? ¿Efectivo? ¿Joyas? ¿Mercancías de alguna clase?

—No sé. Dinero, no sé más. Dijo que veníamos a ganarnos cien mil dólares o tal vez más.

— ¿De Joe Sheer? ¿Joe Shardin?

—No sé, viejo... Solo sé lo que ya le dije.

— ¿Nunca dijo nada acerca de Joe?

—Ni una palabra... Nunca dijo nada acerca de nadie, salvo usted. Cuando entramos en el vehículo, lo vio y dijo: «Oh, oh, hay otro en la cola. A ese tipo lo conozco». Y en cuanto estuvimos instalados, fue a verlo.

Parker sacudió la cabeza.

—Vaya a prepararse ese trago —dijo.

—¡Qué buen tipo es usted! —comentó ella, mientras se dirigía a la cocina.

Parker fue a mirar por la ventana. El adolescente de la vecina, estaba otra vez en el pórtico, mirando hacia allí. Con toda aquella actividad, con tanta gente entrando y saliendo de la casa

de un muerto, pronto estaría observando todo el barrio. La situación no podía prolongarse mucho tiempo más.

Mas no parecía adelantar nada. Tiftus había llegado en busca de cien mil dólares o más, pero era imposible adivinar en qué forma estarían. Podría ser en efectivo, o en joyas, documentos valiosos de una u otra clase. Cien mil dólares podían venir en una cantidad de formas diferentes, de colores distintos.

¿Y la mujer? Quizás fuera ella misma la asesina de Tiftus; quizás conocía toda la historia y se la guardaba para ella sola.

Sin embargo, no era Tiftus quien lo había atacado en el sótano, ni Younger, ni la mujer. Alguien más estaba implicado, alguien dispuesto a matar, con demasiada prisa.

No parecía un profesional; sus acciones eran las de un aficionado impulsivo, probablemente local. ¿El doctor Rayborn, o Gliffe, el empresario de pompas fúnebres? Parker no los conocía lo suficiente; tendría que hablar con Younger acerca de ellos. Mientras tanto, le quedaban otras cosas que hacer.

Al entrar en la cocina, sorprendió a la mujer registrando los armarios. Cuando lo vio, se mostró primero sobresaltada, luego asustada y, por último, inocente. La última expresión no le salió muy bien.

—Yo me encargaré de eso —le dijo él.

—Buscaba pajitas...

—Vaya a sentarse en el *livingroom* a vigilar. Cuando aparezca Younger, avíseme; luego salga por el fondo sin que la vea. Vuelva al hotel, que yo me comunicaré con usted.

— ¿Qué hará, registrar la casa?

—Buscaré pajitas.

—Y yo heredaré, ¿no?

—Eso es.

—¡Ja! Le creeré cuando lo vea.

Pero fue al *livingroom*, mientras Parker ponía manos a la obra.

Capítulo 12

Al entrar, Younger exclamó:

—Ese Regan me fastidia... Juro por Dios que presentaré una queja contra él.

— ¿Qué opina de nosotros? —le preguntó Parker.

— ¿Qué diablos me importa? Soy yo quien manda aquí, no él.

—Claro.

— ¿Qué le dijo a la Samuels?

— ¿A quién?

—La mujer de su socio... Rhonda Samuels. La segunda vez que entró cerró el pico, dijo que todo era un error, que usted se parecía a otra persona, que al fin y al cabo no quería decir eso. ¿Qué le dijo usted?

—Nada. Vamos al *livingroom*.

—Estuve pensando... El que mató a su socio es el mismo que lo atacó, el que estuvo cavando en el sótano. Eso quiere decir que no lo encontró, ¿comprende? Si estaba enterrado en el sótano, lo habría descubierto y llevado consigo... No andaría todavía por aquí, ni habría matado a su socio.

— ¿Y si Regan lo descubre antes que usted? —inquirió Parker, mientras observaba por la ventana cómo la mujer de Tiftus cruzaba el césped hasta la acera y se alejaba, sin ser vista por Younger.

—No se preocupe por eso, Willis... Sigo siendo quien manda. Regan puede dar algunas órdenes mientras yo se lo permita, pero en el montaje decisivo, el que manda soy yo. Si descubren al

asesino, tendrán que entregármelo enseguida... Y yo lo encerraré en una de mis propias celdas, por eso no se preocupe.

—¿Y el médico, Rayborn? ¿Y Gliffe? Ellos están en esto... ¿Si fue uno de ellos quien mató a Tiftus?

—Ellos, no... No saben nada del dinero.

—Investíguelos... Averigüe dónde se encontraban cuando fui atacado en esta casa, y cuando asesinaron a Tiftus.

—Bueno, lo haré, aunque garantizo que no fue ninguno de ellos —repuso el policía, encogiéndose de hombros.

—Muy bien... Vamos al grano, entonces. ¿Dónde cree que está escondido? ¿En la casa? —comenzó Parker, mientras ocupaba un sillón.

Ya sabía que no estaba allí. Mientras esperaba a Younger, había completado la búsqueda iniciada más temprano, sin encontrar nada. Sin embargo, arrojó la sugerencia a Younger, para subrayar la idea de su propia ignorancia, y este se la devolvió.

—Aquí, no... Créamelo, Willis; ese dinero no está en casa. El viejo miserable no guardaba aquí más que mil dólares en el recipiente de la harina, que ya encontré.

Ocultando su sorpresa, Parker inquirió:

—¿Cómo los encontró?

—No se preocupe, Willis; no soy tan tonto como usted me supone, ni como me consideraba Joe Sheer. Sé lo que pasa.

—Sí... De modo que según cree, hay todavía cien mil dólares ocultos en alguna parte, pero no en...

—¿Cien mil? Esa cifra es demasiado baja, Willis, tanto que da risa. Usted no sabe tanto como se imagina.

—¿Ah, no? ¿Y cuánto, entonces?

—¿Escondidos? Según calculo, tiene que ser por lo menos medio millón, tal vez más —susurró el capitán.

Parker lo miró. ¿Medio millón en efectivo? Aquello tenía que ser un sueño. Tiftus, Younger, el tercer interesado, fuera quien fuera, andaban todos tras una presa inexistente. Tiftus era lo

bastante estúpido, Younger lo bastante ambicioso, y el tercero lo bastante bisoño. Si tantas molestias provenían de un cuento de viejas, era demasiado.

Parker sacudió la cabeza; tenía que averiguar con seguridad, pues aún se resistía a creerlo.

—Demuéstremelo, Younger —pidió—. Muéstreme cómo alcanza semejante cifra.

—Bueno, es lógico —repuso el policía, como quien explica su religión—. Es lógico, nada más. De cualquier manera que sea, tiene que llegar por lo menos a esa cantidad.

—Demuéstremelo...

—Lo haré, lo haré —replicó Younger, mientras sacaba del bolsillo un sobre grande, que agitó en el aire—. Anoté aquí todas las cifras, hasta la última... Venga y fíjese.

Younger sacó del sobre unos papeles, que desplegó. Eran dos hojas cubiertas con apretada escritura en lápiz y papel. La extendió sobre la mesita de café, diciendo:

—Acérquese y mire...

Sentado en el sofá, Parker se fijó. La primera hoja, la que señalaba Younger, estaba ocupada por una larga lista, con tres encabezamientos: el primero un año, el segundo el nombre de una ciudad, y el tercero una cifra. La lista comenzaba así:

1915	Louisville	12 000
1915	Sacramento	14 500
1916	Troy, N. Y.	9000

Así seguía la larga lista, hasta el final de la página, donde estaban sumados los números de la derecha, cuyo total era de 1876 000.

Salvo por aquella cifra final, Parker reconoció la escritura: era la de Joe Sheer. ¿Acaso la cifra al final de la página habría sido anotada por el capitán Younger?

Este estaba diciendo:

—Mire, esta es la historia de Joe Sheer, todos los robos en que participó, desde sus comienzos en 1915 hasta que se retiró. Fíjese: esta es la fecha, esta la ciudad donde tuvo lugar el robo, y esto lo que obtuvo de él. Su parte, ¿entiende? Y esa cifra del final es lo que ganó durante toda su vida, casi dos millones de dólares. Cincuenta y siete robos en cuarenta y tres años... Casi dos millones de dólares.

Parker asintió con la cabeza. Tal como lo había supuesto, era una fábula.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Simple aritmética, nada más... Por ejemplo, ¿cuánto calcula usted que puede haber gastado por año? Es verdad que obtenía mucha plata, pero ¿cuánto cree que gastaba? Tenía que cuidarse para no hacerse notar demasiado, de modo que nadie se extrañara del origen de su dinero. ¿Cuánto puede haber gastado? ¿Veinticinco mil dólares anuales? Quizás ni siquiera tanto.

—Quizás más —objetó Parker.

Pero Younger sacudió la cabeza, seguro del terreno que pisaba.

—¿En qué? —quiso saber—. ¿Cómo diablos pueden gastarse más de veinticinco mil dólares por año? Es imposible. A menos que uno sea ya un millonario, todos lo sepan y no tenga uno que preocuparse por nada... Pero ¿alguien como Joe Sheer? No se arriesgaría a gastar mucho... Veinticinco mil dólares por año es un cálculo elevado; créamelo, Willis.

Parker no lo creía. Él mismo gastaba más de veinticinco mil dólares por año, lo mismo que Joe durante casi toda su vida. Pero Younger se encontraba en otro nivel; nunca había tenido veinticinco mil dólares para él solo en un año, y por eso no alcanzaba a comprender qué se podía hacer con tanta plata. Younger descubrió la segunda hoja:

—Bueno... Aquí están los cálculos.

En esa hoja había más cifras, pero no fueron ellas las que atrajeron la mirada de Parker, sino una lista de nombres, dispersos por el costado derecho del papel. Loomis, McKay, Parker, Littlefield, Clinger... una larga, larga lista de treinta nombres o más, todos correspondientes a hombres con quienes había trabajado Joe Sheer en un momento u otro. Pero la escritura no era la de Joe; la lista de nombres, así como las cifras del otro lado de la página, estaba trazada por la misma mano que el total de la primera hoja. Con socarrona sonrisa, Younger señaló la lista de nombres.

—¿Ve? No me sorprendería que su propio apellido figurara allí... No se piense que me tragué ese nombre de Willis.

Parker lo miró, viéndolo por primera vez definidamente como a un hombre muerto.

—Sigamos —dijo.

La sonrisa de Younger se esfumó. Miró a Parker, un poco vacilante, bajó la cabeza, se despejó la garganta, y tocó la hoja de papel, diciendo:

—Aquí está... Este otro no importa. Sheer obtuvo un millón ochocientos setenta y seis mil dólares en cuarenta y tres años, ¿verdad? Calculamos que gastó veinticinco mil dólares por año; en cuarenta y tres años, suma un millón setenta y cinco mil dólares... Restado de lo que ganó, quedan ochocientos mil dólares. ¡Ochocientos mil dólares que nunca gastó, Willis! Sheer me mostró unas libretas de banco, registros de fondos mutuales y otras cosas parecidas, por un importe de unos ciento veinte mil dólares. Eso es lo que tenía abiertamente, para explicar de qué vivía... Pero ocultó el resto. Tenía que hacerlo; de otra manera no habría podido explicarlo, ¿entiende? ¡Ochocientos mil dólares menos ciento veinte mil, son seiscientos ochenta mil dólares! ¿No ve, Willis? ¡Aunque hubiera gastado como loco los últimos cinco años, comprando esta casa, y todo, tiene que haber todavía *por lo menos* medio millón! Y eso es un cálculo moderado, Willis, un cálculo moderado...

Parker se puso de pie. Era tal como había supuesto: Tiftus había calculado las ganancias de Joe más cerca de la verdad, pero también él había sido incapaz de imaginar otra cosa que una caja llena de plata y escondida en alguna parte. Joe Sheer era más sensato; la había invertido en acciones, en fondos mutuales, seguros.

—Usted habló de esto con Joe Sheer, ¿eh? —inquirió Parker, mientras encendía un cigarrillo y se paseaba por la habitación.

—Por supuesto... ¿De dónde cree que saqué todas estas cifras y nombres, sino de boca de Sheer? —preguntó a su vez el capitán, mientras guardaba los papeles y el sobre.

— ¿Qué dijo cuando usted mencionó ese medio millón?

Younger sonrió al recordar.

—Trató de embaucarme, Willis. Yo le daré una prueba. En cuanto lo presioné un poco, me entregó los mil del frasco de harina... No solo eso; dijo que me daría los ciento veinte mil íntegros. Dígame; ¿iba a ofrecerme todo eso, si no tuviera muchísimo más escondido en alguna parte?

Parker asintió con la cabeza, imaginándose todo. Younger agregó:

—Si no hubiera muerto, yo habría descubierto el paradero del resto...

Eso era una sorpresa; quería decir que al fin y al cabo, Younger no había matado a Joe. Sin embargo, Younger seguía siendo el inconveniente al cual se refería Joe en sus cartas, el inconveniente que lo había convertido en un viejo idiotizado. Todo; Joe le había entregado todo, su historia, sus amigos, sus ahorros, y el único resultado era que Younger quería más. Menos mal que Joe había muerto antes de entregar a Younger las direcciones de sus amigos.

—Hay medio millón —insistió el capitán—. Medio millón escondido en alguna parte... ¿No es así, Willis?

De no haber sido por el nombre de Willis, habría matado a Younger allí mismo, y escapado. Pero tenía que pensar en Regan

y en el nombre de Willis... Hasta que todo se aclarara, tendría que seguirle la corriente a Younger. Asintió con la cabeza, diciendo:

—Hay medio millón... Sheer le mentía.

—Bien lo sé... Y nosotros hallaremos esa plata, ¿no es verdad? Hay suficiente para los dos, y la encontraremos.

—Claro que sí —asintió Parker.

—Claro que sí —repitió Younger, con una sonrisa satisfecha y estúpida.

Parte 3

Capítulo 13

Abner L. Younger no se dejaba tomar el pelo. Conocía el mundo; treinta y siete estados y catorce países extranjeros, incluidos Alemania, Japón, Inglaterra, y la Zona del Canal. Quien se pasa treinta años en el Ejército de los Estados Unidos, no es un patán cuando sale, no señor. Sale sabiendo qué pasa.

Llegó a sargento primero, y mientras hacía los trámites para retirarse, un empleado le preguntó cuál sería su domicilio civil.

Y él no lo sabía. No vivía ya ninguno de sus padres, y hacía décadas que no tenía relaciones con otros parientes suyos. Finalmente, indicó al empleado que enviaran los cheques a Poste Restante, Sagamore, Nebraska, como dirección temporaria, pues no se le ocurría ninguna otra. Cuando tuviera un domicilio permanente, lo comunicaría.

Ese fue el único motivo por el cual volvió a Sagamore, para cobrar los cheques de su pensión. Pero una vez allí, no tuvo motivo para marcharse, ningún lugar donde ir, nadie en el mundo a quien quisiera ver o que quisiera verlo.

Así que se quedó; se afilió al puesto local de la Legión Americana, por cuyo intermedio llegó a conocer a parte del mejor elemento del pueblo, y se instaló decidido a gozar de su retiro.

Pero no tenía más que cincuenta años, y durante toda su vida había tenido algo que hacer: ponerse un uniforme todos los días, ir a un lugar específico, con tareas específicas que cumplir. Ahora, retirado, el tiempo le pesaba demasiado. No tenía pensiones, y su pensión no era muy generosa. Descubrió que iba

demasiado al cine, que empleaba demasiado tiempo frente al televisor, que bebía demasiada cerveza, comía mal y hacía muy *poco* ejercicio. Aumentó de peso y su digestión empeoró.

Entonces fue cuando obtuvo el puesto en la policía, y ya no fue el sargento primero Younger, sino el *capitán* Younger... Sí, y bien podía haber sido el general Younger, puesto que era el de rango más elevado en la fuerza local: diecisiete hombres, y él era su capitán.

Al principio, no dejaba de lucir su uniforme azul oscuro con pantalones de montar modificados, botas y gorra, pero nunca rebajó el peso que había aumentado, y tuvo que admitir que el uniforme no le quedaba bien. Además, el rango tiene sus privilegios... Como capitán, era el único miembro de la fuerza que podía andar de civil, de modo que empezó a hacerlo.

Sin embargo, eso le creó un problema: en uniforme, su rango era evidente para todos, mientras de civil, ¿qué era sino otro civil obeso? Lo pensó y lo pensó, hasta que se decidió por el sombrero de *cowboy*, que lo distinguiría de los demás.

A los cincuenta y un años, había llegado a la cúspide: capitán de la policía, ciudadano respetado, secretario del puesto de la Legión Americana; tenía cuanto ansiaba.

Y entonces se le descubrió la posibilidad de ansiar mucho más.

Ocurrió casi por accidente. Sagamore era un pueblo pequeño y aburrido. Los pendencieros y alborotadores se iban pronto, para no volver. No resultaba difícil tener un archivo mental de los pobladores, ni muy interesante... salvo un hombre, un ciudadano que resaltaba entre los demás: Joseph T. Shardin.

Los datos relativos a Shardin eran escasos: era propietario de su casa, estaba jubilado, vivía en el pueblo desde hacía unos cinco años. Viajaba con frecuencia a Omaha, donde se quedaba un día o dos, o a veces hasta una semana, y muy de vez en cuando una o dos personas lo visitaban en su casa, siempre

forasteros. No tenía parientes por allí ni nadie lo conocía hasta que llegó para jubilarse.

Aparte de eso, todo estaba en blanco, Younger no logró descubrir exactamente de qué se había jubilado Shardin. Younger se interesó cada vez más, aunque al principio no sospechó nada. Lo único que hacía, era ejercitarse un poco en su nuevo oficio. Dirigía una fuerza policial, y allí tenía la oportunidad de investigar algo, de desentrañar un misterio. Lo hizo por diversión, más que nada.

Como no logró averiguar gran cosa por medio de los que rodeaban a Shardin, Younger intentó hacerlo por intermedio del mismo Shardin. Entrenó a uno de sus patrulleros un jovenzuelo de cara honesta y estúpida, y lo envió a visitar a Shardin como censista. Según el informe del patrullero, Shardin contestó a todas las preguntas con serenidad y soltura, sin sospechar nada.

El único inconveniente, era que las respuestas no correspondían.

Como lugar de nacimiento, Shardin había contestado Harrisburg, Pensilvania. Younger escribió pidiendo información a Harrisburg acerca de un tal Joseph T. Shardin, nacido en esa ciudad el 12 de enero de 1894, y le respondieron que no existían constancias del nacimiento de tal persona, en esa ni en ninguna otra fecha.

Como ocupación principal, Shardin había respondido promotor deportivo, explicando que se había ocupado de boxeo, lucha, competencias con patines, carreras de autos y otros sucesos deportivos en el Este, principalmente en Pensilvania y Nueva York. Cuando Younger consultó a las Comisiones de Boxeo de Pensilvania y Nueva York, una y otra contestaron que no tenían datos de ningún Joseph T. Shardin.

Como empleador más reciente, el anciano había indicado, Atracciones Midstate, Inc., en Scranton, Pensilvania. Cuando Younger dirigió una carta a esta compañía, pidiendo

información relativa a Shardin, la carta le llegó de vuelta con esta leyenda en el sobre: DESTINATARIO DESCONOCIDO.

Las tres direcciones anteriores indicadas por Shardin eran falsas.

Ya seguro de haber descubierto algo raro, Younger esperó el siguiente viaje de Shardin a Omaha. Entonces, con una ganzúa, entró en su casa. En la cocina preparó su equipo para tomar impresiones digitales, habilidad aprendida durante su primer entusiasmo por su nueva tarea, y sacó tres huellas perfectas de los vasos del armario. Para mayor seguridad, obtuvo tres fotos de cada impresión digital. Luego borró los rastros de su presencia y volvió a la comisaría para hacer revelar la película. Envió a Washington una serie de esas fotos, con una carta que, sin dar detalles, pedía toda la información posible acerca del propietario de esas huellas. Después se sentó a esperar.

Una semana más tarde, recibió un llamado de la agencia federal de Omaha.

—Se trata de esas impresiones digitales que envió a Washington hace una semana... ¿Con qué se relacionaba su consulta, capitán?

Younger experimentó un súbito temor transitorio; ¿acaso se había encontrado con alguna clase de agente secreto del gobierno? ¿Sería Shardin, en realidad, un miembro del contraespionaje o algo por el estilo? En tal caso, al gobierno no le iba a gustar que cualquier policía rústico anduviera investigando a su agente y armando alboroto. Pero eso no podía ser; Shardin era un viejo de setenta años; ¿qué clase de agente secreto podía ser? Y además, ¿qué falta le haría al gobierno establecer a un agente secreto, durante cinco años, en un pueblito de mala muerte como Sagamore?

El agente federal que esperaba una respuesta, insistió:

—¿Está usted allí, capitán?

—¿Cómo? Sí, sí, por supuesto. Es que buscaba la carpeta... —Ya tenía inventado un cuento para responder a esta pregunta,

y lo único que le hacía falta era recobrarse y repetirlo—. Tuvimos aquí un pequeño robo en una licorería... Cuando buscamos impresiones digitales, esas tres fueron las únicas cuyo origen no conseguimos descubrir.

—Un robo en una licorería... Es raro.

Younger apretó tanto el teléfono, que después la mano le dolió.

— ¿Quién es? ¿A quién corresponden?

—A un tal Joseph Sheer. Es que... resulta una sorpresa tener noticias suyas. Lo creíamos ya muerto...

—Ah, entonces es un anciano...

—Ahora debe tener como setenta años.

—Setenta años... ¿Cuáles son sus antecedentes? ¿Lo buscan por algún motivo?

—Hay cuatro órdenes de captura federales contra él, todas por robos de banco, pero la más reciente data del cincuenta y tres... Desde entonces, se ha venido cuesta abajo, si anda saqueando licorerías. Supongo que ahora será un borrachín; la mayoría concluye de esa manera.

—Supongo que sí. ¿Dónde fue ese robo de banco en mil novecientos cincuenta y tres?

—En Cleveland... Desde Washington recibirá un informe completo por correo. Si llega a detenerlo, no olvide comunicárnoslo —agregó el agente federal, dejando en claro que no lo creía posible.

—Claro. Claro. Muchas gracias —repuso el capitán, y colgó.

Después se le ocurrió que debía haber dicho la verdad al agente federal. Debió haberle dicho: «Yo sé dónde está Joe Sheer; iré a detenerlo hasta que lo vengan a buscar». ¿Por qué no lo había hecho?

Aquel no era más que un pasatiempo, una pequeña muestra de investigación detectivesca. Cuando resultó ser un criminal buscado, ¿por qué no lo arrestó inmediatamente? ¿Por qué había preparado de antemano ese cuento de la licorería?

Sabía el porqué; lo había sabido desde el principio, sin pensarlo en palabras directas... El motivo era el dinero. Al ver a Joseph Shardin, había notado algo fuera de lo común, y adivinado una posible ventaja para sí mismo. Dinero; mucho más del que habría soñado antes. Tanto que... Ni siquiera sabía cuánto; ni siquiera podía adivinarlo.

En cambio, podía preguntarlo.

Al cabo de cincuenta y un años de su vida, Abner L. Younger acababa de descubrir su vocación. Se puso el sombrero de *cowboy* y salió dispuesto a conversar con un sujeto llamado Joe Sheer.

Capítulo 14

Sonriente, Younger pasó el umbral, diciendo:

—No es más que una visita de rutina, señor Shardin. Soy el capitán Younger.

Sosteniendo todavía la puerta abierta, aunque su visitante ya estaba adentro, el anciano vaciló.

—¿De rutina? —repitió—. ¿A qué se refiere y quién es usted?

La sonrisa de Younger era afable y segura.

—¡Oh!, lo siento —aseguró, aunque no lo parecía—. De la policía... Capitán Abner L. Younger, de la policía de Sagamore.

Un velo pareció cubrir los ojos del anciano; un leve barniz de cautela y vigilancia. Estaba bien conservado, delgado, pero de aspecto saludable, y con una cabellera abundante, blanca y gris. Probablemente fuera más alto que el capitán, pero la edad, al encorvarlo, lo había vuelto dos o tres centímetros más bajo.

Sin dejar de sonreír, asintiendo satisfecho al mundo en general, Younger pasó al *livingroom* mientras decía:

—Linda casa la suya, señor Shardin, muy linda. Era de los Hoyt, ¿no?

—Supongo que sí —repuso el viejo, siguiéndolo—. Se la compré a unos Hoyt.

—Se la ha arreglado muy bien... Parece muy cómoda.

—¿A qué viene esto, capitán? —inquirió el viejo, en tono impaciente e irritado.

Younger no hizo caso del tono.

—Rutina, nada más —repitió con soltura—. No hay prisa, señor... Shardin, ¿verdad? ¿Se pronuncia así?

Aunque se mostró alarmado por espacio de un segundo, el anciano se recobró con rapidez y contestó:

—Tal como lo dijo usted...

—Bueno... Usted tendrá que seguir con lo que estaba haciendo. No lo entretendré más...

El anciano frunció el entrecejo.

— ¿Se va? ¿Y qué quería? ¿Para qué vino?

—Rutina, no más —repuso el policía, al salir con un ademán de despedida.

Capítulo 15

Cuando el tren salía de la estación, Younger ocupó el asiento desocupado, al lado del anciano.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué casualidad, encontrarlo aquí! ¿Va a la ciudad?

El otro, que estaba sumido en sus propios pensamientos, se sobresaltó y por espacio de unos segundos no dijo nada. Cuando lo hizo, solo fue:

—Ah... Es usted.

—Por cierto que gocé de nuestra conversación del otro día —repuso Younger—. Quiero llegar a conocer a todos los que llegaron al pueblo durante mi ausencia... Estuve en el ejército, ¿sabe?

—No lo sabía.

—Treinta años —declaró Younger, con énfasis—. Me retiré como sargento primero. Hace pocos meses, recién retirado, volví al pueblo natal y reorganicé la policía. Usted está en el pueblo desde hace unos cinco años, ¿verdad?

—Sí...

—Es un lindo pueblo. ¿Viaja a la ciudad a menudo?

—A veces.

Younger ya sabía eso, pues había seguido al anciano durante su último viaje, antes de iniciar su campaña. Ya estaba enterado de su departamento en la ciudad. La última vez, Sheer había permanecido allí tres días, en cuyo transcurso lo visitaron tres robustos sujetos, más o menos de la edad de Younger, que llegaron en un Plymouth con patente de Nueva York, se

quedaron toda la tarde y partieron a eso de las once y media de la noche. Aunque copió el número de patente, Younger nada hizo al respecto; ya quedaba tiempo si era necesario.

Supuso que esos tres hombres eran también ladrones de banco. Podría ser que Joe Sheer estuviera retirado, y también podría ser que no. Quizás en esos días se limitaba a preparar planes para los robos, dejando que los jóvenes se ocuparan de la parte práctica. Younger lo descubriría a su tiempo, como todo lo necesario.

Siguieron un rato en silencio, hasta que Younger sacó su cigarro y se puso a desenvolverlo y encenderlo, sin hacer caso del cartel que decía «Prohibido Fumar».

Antes de encenderlo, se volvió el anciano para decirle, sonriente:

—Esa es la ventaja de ser policía…

— ¿Cuál? —preguntó el otro, mirándolo con disgusto.

—Uno puede forzar un poco la ley… En cambio usted, si forzara la ley, le echaríamos el guante tarde o temprano, así nos costara veinte años…

A eso nada contestó el anciano, y siguieron en silencio hasta que Younger se puso a contar historias del ejército, algunas reales, otras copiadas, otras adornadas, algunas completamente falsas. El anciano escuchaba inexpresivo, sin hablar nunca, mientras Younger hablaba sin parar.

Cuando llegaron a Omaha, el capitán salió de la terminal con el anciano.

— ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en la ciudad? —le preguntó.

—Un par de días —repuso el interpelado, encogiéndose de hombros.

—Tal vez volvamos juntos —sonrió Younger, amistoso.

El anciano le echó una mirada fría y pensativa.

—Tal vez —replicó.

—No me sorprendería nada —agregó el capitán.

Ninguno de los dos se sorprendió.

Capítulo 16

—Hola, ¿qué tal?

El anciano acababa de salir del supermercado, con una bolsa de provisiones en las manos. Al ver a Younger, una sombra cruzó su cara; de pronto pareció diez años más viejo.

—Eso parece pesado... Voy para el mismo lado que usted; lo llevaré.

—No se moleste, yo...

—No es molestia —insistió Younger, quitándole la bolsa de provisiones al viejo, que no pudo sino seguirlo.

El auto policial se hallaba estacionado junto a la acera. Por lo general, Younger conducía su propio coche, un Ford pequeño, negro, pero especialmente para ese día había recurrido al coche patrullero flamante de la repartición, un automóvil verde y amarillo, con luz roja en el techo, una antena a la izquierda y la palabra POLICÍA en grandes letras amarillas, sobre ambas portezuelas.

—Listo —anunció, mientras depositaba la bolsa en el asiento posterior y sostenía la portezuela abierta para el anciano, quien vaciló durante una peligrosa fracción de segundo antes de subir.

Joe Sheer pudo haber tomado la ofensiva, pero ese instante pasó. Younger sonrió a su espalda, antes de cerrar la portezuela para ir a sentarse al volante.

El coche tenía por dentro un aspecto más oficial todavía qué por fuera. La radio, que estaba en funcionamiento, emitía de vez en cuando una voz gutural. El auto estaba provisto de cinturones

de seguridad, que Younger se ajustó con gran aparato, pese a que por lo general hacía caso omiso de ellos.

—Le conviene ajustarse el suyo también, Joe. La seguridad ante todo, ¿verdad? Siempre es mejor sentirse seguro, ¿eh?

—Supongo que sí —repuso el otro, con voz inexpresiva, antes de colocarse el cinturón con un chasquido.

Younger puso en marcha el auto, que se deslizó en silencio por las calles, bajo el sol que se reflejaba en la tapa del motor. Al cabo de un rato, Younger rio diciendo:

—Qué pensarán sus amigos, ¿eh, Joe? El que lo vea en un coche policial dirá: «Bueno, ¿qué me dicen? La policía le echó el guante al viejo Joe, al final». Tendrá que explicar mucho, Joe.

Rio un poco más, sacudiendo la cabeza ante lo cómico de la situación. Joe dijo:

— ¿Qué quiere, capitán? ¿Qué pretende de mí?

Younger vaciló, pero aún no era el momento. Hacía solo un par de semanas que se ocupaba de aquello, y Sheer estaba todavía demasiado duro. En alguna otra ocasión, volvería a preguntar eso, en tono mucho menos desafiante. Por esa, esa vez, Younger se limitó a contestar:

—Le aceptaré una taza de café, Joe, pero nada más. Si le dejara pagar por llevarlo a su casa, los conductores de taxis se enojarían...

Volvió a reír, guiñó un ojo al anciano, y le hundió un codo en las costillas. Dos cuadras más adelante, pasaron frente a una casa con un anuncio de: EN VENTA en el jardín delantero. Younger lo señaló diciendo:

—Yo conozco a esa gente, y están locos... ¿Lo sabe usted, Joe?

— ¿Ah, sí? —murmuró el nombrado, ceñudo.

—Por cierto... Vender una casa ahora, irse del pueblo como ellos, no tiene ningún sentido. El momento es el peor para hacerlo. Sufrirán enormes pérdidas... —Sacudió la cabeza—. Se lo diría a cualquiera, Joe; este momento es el peor para pensar en mudarse. Absolutamente desastroso. ¡Vaya!, por ahora, ni

siquiera me iría de visita —rio—. No señor... Este es el momento apropiado para quedarse aquí mismo, en el viejo Sagamore. ¿Sabe lo que quiero decir, Joe?

—Sé lo que quiere decir —asintió el anciano, en tono ya menos duro.

Capítulo 17

Sentado en su oficina, Younger contemplaba el teléfono. ¿Llamaría ya, o esperaría un poco más?

Ya hacía tres días que no veía al viejo. Lo tuvo preocupado, demostrándole que lo vigilaba por uno u otro motivo, y después se retiró un poco, apartándose, dejando que empezara a sudar. Eso era todo; darle tiempo para sudar, para pensar.

Y después, volver de pronto, y esta vez apretar un poco más que antes.

Ya.

Echó mano al teléfono y discó de memoria el número de Sheer. Era la primera vez que le telefoneaba, pero conocía su número de memoria, conocía muy bien al viejo.

Cuando la campanilla sonó cuatro veces, el anciano levantó el auricular y dijo:

—Hola...

—Hola... ¿Joe Shardin?

—Él habla —repuso el otro, dudando, como si creyera reconocer la voz.

Y no es que Younger se propusiera mantenerse en secreto. Inmediatamente se identificó diciendo:

—Joe, habla el capitán Younger... Lamento molestarle de este modo, de veras. No lo haría de ninguna manera si no fuera absolutamente necesario.

— ¿De qué se trata esta vez, capitán? —preguntó Shardin, con voz fría como hielo.

—No le ocuparé mucho tiempo, Joe... Es que debo verificar nuestros registros. Creo que aquí está mal anotado su apellido, y pensé que lo mejor sería preguntárselo a usted... Bueno, aquí dice SHEERDIN. No está bien así, ¿verdad, Joe?

Hubo un silencio en la línea. Younger insistió:

—Joe... ¿Está allí, Joe?

—¿Qué pretende, Younger?

—¿Se escribe así su nombre o no? Joe, no tiene por qué molestarse por esto, yo solo quiero...

—¡Usted sabe cómo se escribe mi nombre!

—Bueno, confírmeme que está bien aquí, yo no quisiera...

—Será mejor que acabe con esto, Younger. Si sabe lo que le conviene...

—Joe, ¿es usted? ¿Por qué demonios dice semejante cosa?

—Usted sabe por qué, hijo de perra, digo que...

—Joe, usted nunca me habló de esta manera en la cara. ¿Esa era su opinión respecto a mí? Y yo que creía que éramos amigos... Siempre conversamos con tanta tranquilidad, nunca hubo secretos ni resentimientos entre nosotros...

—Esto es hostigamiento y nada más, Younger. ¿Se cree que no conozco la ley? —exclamó el anciano, que evidentemente intentaba dominarse; su voz temblaba con la necesidad de gritar, pero no gritaba—. Me conseguiré un abogado, hijo de perra, lo haré...

Con voz dulce como la melaza, Younger replicó:

—¿Quiere hacer una queja formal contra mí, Joe? ¿Seguro que es eso lo que quiere? Tendría que venir aquí, a la comisaría, si quisiera hacerlo. Aquí hace frío, ¿sabe? No es tan cómodo como su casa, hay rejas en las ventanas... Usted es viejo, Joe, con huesos viejos, piel vieja, sangre vieja; ¿está seguro de que quiere venir aquí?

—No podrá salirse con la suya. Yo conozco mis derechos. Esto es hostigamiento y no podrá salirse con la suya —repuso Joe,

pero con un temblor más pronunciado en la voz, y por motivos diferentes.

—Se excita por nada y de tal manera que cualquiera creería que tiene algo que ocultar. Esa no es forma de portarse.

—Si usted cree tener algo contra mí, ¿por qué entonces no hace algo al respecto?

Younger sonrió al teléfono, y antes de contestar dejó que transcurrieran varios segundos, para que el anciano oyera lo que acababa de decir, el eco de sus propias palabras, su sonido. Después ronroneó como un gato:

— ¿Qué sugiere usted?

Tras un nuevo silencio, el otro contestó:

—Que me deje tranquilo, Younger. Que me deje tranquilo.

—Lo dejaré tranquilo, Joe. Lo único que debe hacer, es decirme cómo se escribe su nombre, nada más; decirme si lo tengo bien escrito aquí. Llamé por eso y nada más, Joe.

—Está bien —murmuró el anciano, exhausto.

—Bueno, yo lo tengo escrito así, Joe; se lo repetiré. Escúcheme bien, y si es...

—Ya le oí la primera vez —repuso aquella voz cansina—. Usted sabe que está mal.

—Bueno, eso supuse, pero quise asegurarme. Bueno, ¿cómo se escribe en realidad, Joe?

— ¿Tenemos que pasar por todo esto?

—Deletréemelo, nada más, Joe. Lento y claro, que yo lo anotaré aquí —repuso Younger, que sonriente, retiró su cigarro del cenicero—. Aquí tengo un lápiz...

El anciano deletreo su nombre falso, con lentitud, pronunciando cada letra como si estuviera agotado para sostener el aparato, o como si fuera a caer en cualquier momento. Deletreó el nombre falso, y cuando terminó, Younger dijo:

—Vaya, no fue tan difícil, ¿verdad? ¿Por qué reaccionó de esa manera, Joe? ¿Se levantó mal esta mañana?

— ¿Eso es todo?

—Por ahora, Joe.

Younger colgó, se puso el cigarro entre los dientes, y sonrió para sí.

Capítulo 18

El capitán detuvo el auto frente a la casa del anciano; bajó las ventanillas y puso a todo volumen el aparato radiotransmisor, que en ese momento no transmitía otra cosa que sonidos estáticos. Luego sacó un cigarro nuevo, lo desenvolvió, lo encendió y se dispuso a esperar.

Al cabo de un minuto, la radio transmitió una voz gutural, tan deformada por el volumen excesivo, que no se distinguían las palabras. Younger se quedó allí sentado, mientras la voz seguía vociferando, para luego interrumpirse, dejando solamente los chisporroteos de la estática.

No miró hacia la casa; no hacía falta. Sabía que el viejo se encontraba en ella, y que oiría la radio, y que tendría que asomarse y verlo sentado allí. No necesitaba mirar la casa, para ver que una cortina se movía, que en la ventana aparecía un viejo rostro. Sin mirar, sabía lo que iba a suceder.

Sin embargo, nada ocurrió por espacio de un rato. De vez en cuando aquella voz estentórea emitía palabras incomprensibles. Entre una vez y otra, se oía la estática, mientras Younger fumaba su cigarro hasta dejarlo convertido en una colilla, que arrojó a la calle.

Transcurrió media hora. Younger no se movió ni sucedió nada.

Finalmente se abrió la puerta del pórtico, golpeándose contra la pared. Al volver la cabeza, el capitán vio que Joe salía de su casa, furioso, con las manos nudosas apretadas. Llegó hasta el auto, se inclinó y miró por la ventanilla.

— ¿Qué hace aquí?

— ¿Qué tal, Joe? ¿Ya se le pasó el enojo?

— ¿Por qué está estacionado frente a mi casa?

El viejo temblaba de pies a cabeza; le temblaban las manos, la cabeza, la voz. Parecía dispuesto a saltar en cualquier momento al cuello de Younger, que mostró las manos con aire inocente.

—Descanso, nada más, Joe —aseguró—. Después de un rato de patrulla, detengo el coche y descanso unos minutos.

—¡Hace media hora que está aquí!

—Joe, en cuanto a ese llamado telefónico del otro día... Lo estuve pensando, y si dije algo que le ofendiera, discúlpeme.

—No puede seguir eternamente, Younger.

—Joe, todo lo que quiero en el mundo, es que seamos amigos. Le conté mis experiencias en el Ejército porque quiero que sepa todo de mí, lo mismo que yo quiero saber de usted. Amigos, Joe, nada más. Compartir nuestras experiencias.

En anciano cerró los ojos. Estaba agachado, con los antebrazos apoyados en la ventanilla del automóvil, la cabeza enmarcada en ella. Con los ojos así cerrados, casi parecía muerto; las arrugas de la vejez se confundían con otras provocadas por el cansancio y la preocupación, haciéndole parecer a un dibujo exagerado.

—Abner Younger y Joe Sheer —dijo el policía, pensativo—. Parece uno de esos dúos de vodevil, ¿no es verdad? ¿Alguna vez hizo vodevil, Joe?

Los ojos del anciano, otra vez abiertos, lo miraban con fijeza.

— ¿Cómo dijo?

—Le pregunté si alguna vez hizo vodevil.

— ¿Cómo me llamó, hijo de perra? ¿Qué nombre dijo?

Younger rio diciendo:

—Oh, vamos, Joe; somos amigos, no hace falta que finja ante mí. Sé su nombre desde el comienzo.

El anciano sacudió la cabeza, confuso. Apartándose del coche, se volvió para regresar a la casa, caminando como si

estuviera ebrio. Younger le dejó llegar hasta la mitad de su trayecto, antes de llamarlo, con voz acerada y desprovista de toda jovialidad y familiaridad:

—¡Sheer! ¡Vuelva aquí!

Lo gritó como un sargento primero. Era el momento de la decisión. En ese instante, el anciano debía decidir de una vez por todas; no podía aguardar, en la esperanza de que todo siguiera así. Podía intentar un engaño desesperado, o entrar en la casa, cerrar las puertas y recurrir a cualquier artillería que poseyera para una última resistencia; o podía ceder completamente, volver y entregarse a Younger, para lo que este pretendiera de él.

Transcurrió casi un minuto, mientras el viejo permanecía frente a su casa, de espaldas a Younger, inmóvil y decidiendo. Cuando finalmente lo hizo, su decisión fue la única que en realidad podía haber adoptado, teniendo todo en cuenta. Era demasiado listo para intentar un engaño desesperado, y demasiado viejo para tratar de resistirse. Se volvió y regresó junto a Younger.

—Suba al coche —le ordenó este, en el mismo tono acerado.

Joe obedeció y se sentó, mudo. Younger le entregó el tablero de escribir, y una lapicera, diciéndole:

—Quiero que anote, en orden cronológico, cada robo en que participó, en qué año tuvo lugar, y cuánto obtuvo de él. No me interesa el monto íntegro, sino su parte solamente.

— ¿Qué quiere de mí? —susurró Sheer, sin esperanzas.

—Acabo de decírselo... Ahora, escúcheme bien. Hágalo en tres columnas, con la fecha primero, después en qué ciudad fue, y al fin cuánto obtuvo usted. No se preocupe por el mes ni nada; el año basta.

El anciano contempló la pluma que tenía en la mano, y la tabla para escribir con una hoja de papel en blanco ya dispuesto. Con igual desesperanza, dijo:

—No estoy seguro de poder recordarlo todo.

—Lo recordará...

Llevó casi media hora. Younger fumó un cigarro, escuchó las ocasionales llamadas por radio y observó los pocos vehículos que pasaban por la calle; no experimentaba impaciencia. Ya llegaría todo a su tiempo. Si había esperado cincuenta y un años, bien podía esperar un poco más.

—Listo, ya está —anunció finalmente Sheer.

Younger recibió la lista, la estudió y vio que no figuraba nada correspondiente a Cleveland, 1953. Sacudió la cabeza, dejó la lista y abofeteó al anciano, diciendo:

—No me mienta... No vuelva a mentirme, Sheer. —Arrancó la hoja de arriba y le devolvió el tablero—. Esta vez hágalo bien.

Sin pronunciar palabra, el anciano empezó a escribir de nuevo. Esta vez, cuando terminó, figuraba una entrada para Cleveland, 1953. Younger asintió con la cabeza, diciendo:

—Bueno, Sheer, está bien. Ya puede irse.

El otro lo miró sorprendido.

— ¿Que puedo qué?

—Salga del auto... Váyase a casa.

—Por el amor de Dios, capitán Younger; ¿qué pretende de mí?

—Volveré... y usted estará aquí, si sabe lo que le conviene.

Capítulo 19

—Un millón ochocientos setenta y seis mil dólares —pronunció Younger con lentitud, gozando de la sensación de las cifras en su boca—. Reunió muchísima plata, Joe... Muchísima plata.

Estaban sentados en el *livingroom* del viejo, tres días después de la confección de la lista. Aquel parecía más flaco que antes, más arrugado y desesperado. Maduraba lentamente, pero Younger no tenía prisa. Actuaría cuando estuviera *seguro* de que el anciano estaba maduro.

Además, la anticipación era la mitad del placer; no hacía falta apresurar la conclusión de la caza.

—Cuéntemelo, Joe —pidió, mostrándose otra vez afable, soltando un poco la soga para evitar que el viejo se desesperara hasta el punto de cometer alguna estupidez, tal como abandonar todo y escapar—. Cuénteme cómo fueron esos robos... Por ejemplo, háblame del robo de Cleveland, en 1953.

— ¿Por qué? —preguntó Sheer, mirándolo.

—Me interesa, nada más —repuso Younger, sonriente y encogiéndose de hombros—. Usted es el primero de su oficio que conozco... Cuéntemelo todo, Joe. Primero el golpe de 1953, en Cleveland, después el robo en Des Moines, en 1949, y después... bueno, empiece, no más.

—No lo entiendo a usted. No me lo explico...

—Ni lo intente, Joe. Cuénteme la historia de su vida, nada más.

El anciano comenzó, hablando primero con vacilación y largas pausas, tratando de encontrar palabras y comprender por qué debía hablar entonces. Pero gradualmente, a medida que avanzaba en su relato, fue aumentando el ritmo, y empezaron a surgir todos los detalles: cómo se preparaba un robo, qué hacía cada uno, qué se había hecho, en aquel robo en particular, y en este otro; qué salió mal en uno y qué bien en otro.

De vez en cuando mencionaba un nombre, y cada ocasión, Younger anotaba en silencio, nada más que para tenerlo.

El anciano hablaba, el policía escuchaba, y lentamente Sheer se iba tranquilizando, interesándose en el proceso de contar su historia, presentándola como una serie de anécdotas, como una conversación. Younger también se interesaba, le gustaba escuchar, como antes, en el tren, le había gustado relatar sus propias anécdotas.

Se estiró la tarde, la habitación fue oscureciéndose, y la voz del anciano seguía sonando. Younger sonreía, asentía y escuchaba, demostrando su interés. En cierto modo extraño, fue una buena tarde, una de las mejores vividas por cualquiera de los dos.

Cuando concluyó, Sheer declaró:

—No lo entiendo a usted... Es policía, sabe todo esto de mí y no me arresta. Me hostiga, me hostiga, pero al final no hace nada al respecto. No me lo explico a usted, no entiendo qué pretende.

En la puerta, Younger se volvió, sonriente.

— ¿Lo que pretendo? Eso es fácil. La mitad. Hasta pronto.

Se puso su sombrero de *cowboy* y salió.

Capítulo 20

—¡Pero es que no tengo esa suma!

—Claro que sí —insistió Younger, con la paciencia de un santo—. Le mostré las cifras, y así es como tiene que ser...

Sentado en el sofá, el viejo se retorció las manos.

—Usted sabe dónde está todo mi dinero: en bancos y depósitos mutuales: está todo invertido. Nunca tendría a mano tanto efectivo. ¿Por qué iba a cometer semejante estupidez?

—Medio millón, Joe —dijo Younger, gozando de la frase al pronunciarla—. Medio millón por lo menos. Y yo quiero la mitad... y se me está acabando la paciencia, Joe.

—¡Lo juro por Dios que no tengo tanta plata! Ni siquiera cerca. ¡Lo juro por Dios!

Younger suspiró y sacudió la cabeza.

—En cada una de estas entrevistas, tengo que terminar golpeándolo. Detesto tener que hacerlo, Joe, de veras. Ahora, basta de bromas, de una vez por todas.

Se plantó frente al viejo con los puños cerrados.

—¡Espere! ¡Espere, por favor! Le daré cuanto pueda, todo lo que tengo... Aquí en casa tengo mil dólares, se los daré. Y conseguiré el resto, todo lo demás, todo lo que poseo.

—¿Mil? A verlos.

Younger sonrió a espaldas del anciano, mientras se dirigían a la cocina. ¿Mil miserables dólares? Al fin, lo conducirían al resto.

Pero no fue así. En la cocina, el viejo sacó una bolsita del recipiente de la harina, y allí estaban los mil dólares. Pero ni

rastros de lo demás; medio millón no podía estar oculto en frascos de harina. Sheer le entregó los billetes, diciendo:

—Le conseguiré lo que pueda. Cerraré mis cuentas, venderé de vuelta mis depósitos mutuales...

—¡Déjese de hablar de eso! —exclamó Younger, irritado, mientras arrojaba el fajo de billetes sobre el estante de la cocina—. ¿Se cree que me importa un comino de sus depósitos mutuales? Lo que quiero es la plata, como estos mil dólares. Estos son los primeros mil, Joe; ¿dónde está el resto?

El otro cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Younger lo derribó de un golpe.

Capítulo 21

Después de llamar a la puerta tres veces, Younger la abrió de un puntapié. Sabía que el viejo miserable estaba dentro; ¿qué intentaba ahora? Lamentaría su actitud, el vejete idiota.

Pero no sería así... Younger buscó por toda la casa, y al final descubrió a Sheer colgado de la ducha del baño, con la cara azul y deformada.

Younger no podía creerlo. ¿Por qué habría hecho tal cosa, el canalla miserable? No es que fuera su única salida; podía haberle entregado la mitad de su plata y allí habría concluido todo. Podía haber seguido viviendo sin problemas... Sí, y quedarle todavía más plata que la reunida por la mayoría en toda su vida.

Y ahora, ¿qué hacer respecto al dinero? Younger se paseó por la casa, pensando y pensando. ¿Lo habría perdido para siempre? Sus ojos inquisitivos buscaron y rebuscaron, tratando de *ver* el dinero, de atravesar con su mirada el ladrillo, la piedra, la tierra, la madera, cualquier cosa que lo ocultara, tratando de verlo en pilas y pilas de billetes verdes, en alguna parte, en alguna parte...

Pero ¿dónde? En las dos semanas transcurridas desde que Sheer le entregara los primeros mil dólares, Younger había registrado la casa como quien busca el gemelo perdido, y estaba casi dispuesto a jurar que el botín no se encontraba en ella. No estaba enterrado en el sótano ni en el patio del fondo; no estaba bajo el piso del desván, ni detrás de un falso fondo del ropero, ni dentro de un colchón; no estaba en las paredes, el techo ni el

piso; no estaba en el moblaje ni los artefactos, no estaba en ninguna parte de la casa ni la propiedad.

No; y tampoco se encontraba en el departamento de Omaha. La semana anterior, Younger había conducido allá al anciano, y revisado el departamento, sin hallar nada oculto en él.

Tampoco había ninguna llave de caja de seguridad, ni del armario de una estación ferroviaria, ni mapa de ninguna clase. Nada que sugiriera siquiera el escondite del botín.

Sheer no tenía automóvil; no viajaba a ninguna parte, excepto a Omaha y por tren. Su vida se desarrollaba en un ámbito estrecho y delimitado, del cual Younger conocía cada centímetro. El dinero tenía que estar oculto en alguna parte de ese perímetro, y nada más.

Es decir, que al fin y al cabo lo encontraría; al fin y al cabo el viejo miserable no había conseguido estafarlo. Aunque Sheer estuviera muerto, su fortuna seguía viva, lo mismo que Younger, y tarde o temprano se reunirían.

Pero lo primero venía primero... El viejo estaba muerto, su cadáver colgaba de allí y era necesario ocuparse de él antes que nada.

Sabía bien que no se podía llamar suicidio a su muerte. Younger no había mantenido enteramente oculto su interés en el veterano delincuente; había utilizado patrulleros para que lo ayudaran a vigilarlo, e indicado su número de teléfono para que se comunicaran con él en caso de emergencia. Si llegara a figurar como suicidio la muerte del viejo, con la investigación normal consiguiente, todo aquello podía volverse contra él.

Lo mismo que la autopsia... Si la muerte era un suicidio tendría lugar una autopsia de rutina, en cuyo transcurso lo primero que vería el médico serían las marcas provocadas por él sobre Sheer; los magullones y quemaduras, los tajos y marcas de sogas, toda la historia de lo hecho por Younger para arrancar ese medio millón al viejo testarudo. El médico se daría cuenta de

que alguien había torturado a Sheer, y de allí en adelante, Younger se vería en aprietos.

El problema, sin embargo, consistía en saber cómo haría para presentarlo de otra manera que no fuera suicidio. Younger lo meditó mientras se paseaba de un extremo a otro del *livingroom* de la casa del muerto, masticando un cigarro, hasta que recordó al doctor Rayborn.

Al fin y al cabo, lo único que hacía falta era un certificado de defunción que no mencionara para nada un suicidio, y el doctor Rayborn extendería uno con gusto, como pequeño favor para el capitán Younger. Rayborn era otro ciudadano interesante, descubierto por Younger durante los primeros meses de su nueva función; sin lugar a dudas, le haría un favor. Poniéndose su sombrero de *cowboy*, el capitán salió de la casa del muerto, en busca del doctor Rayborn.

Rayborn no quiso hacerlo hasta que Younger mencionó al doctor Walsh, de Omaha, y entonces no puso más dificultades. Enviar un paciente a otro, (para que le practique un aborto), es un delito tan grande como hacerlo uno mismo.

Más tarde, Gliffe resultó más fácil de manejar. Actuaba en la política local, pues quería ser el próximo *coroner* del distrito, y se mostró más que satisfecho de poder hacer un favor a alguien tan influyente como el capitán Younger, especialmente una vez que el doctor Rayborn le explicó que no ocultarían un asesinato, sino un suicidio. Y eso, según agregó el médico, lo hacían solamente para proteger la reputación de ciertas personas inocentes, calumniadas por el suicida en su nota de despedida.

Todo resultó muy fácil... No tuvo que decir ni a Rayborn ni a Gliffe una sola palabra acerca del medio millón. Y ahora era todo suyo; no le haría falta más que encontrarlo.

La noche siguiente, cuando se dirigió a casa del muerto, para iniciar otra vez la búsqueda, vio en el pórtico a un desconocido, que conversaba con el hijo de los Ricks, de la casa vecina. Younger siguió de largo, dio la vuelta en la otra cuadra, y siguió

al desconocido de vuelta al hotel Sagamore, donde figuraba con el nombre de Charles Willis, de Miami.

¿Charles Willis, de Miami? ¿Y qué hacía allí, quién era, qué pretendía de Joe Sheer? Un día después de la muerte de Joe, aparecía ese desconocido, alto, de vigoroso aspecto; ese Charles Willis, de Miami...

Debía andar en busca del botín, así tenía que ser. Un bribón, un criminal, uno de los antiguos compinches de Joe Sheer, llegado para apoderarse de su dinero.

Tal vez ese Willis conocería el escondite del botín... Tal vez lo que necesitaba Younger, sería no perderlo de vista, y ese Willis lo conduciría derecho a la plata. Tal vez la vista de ese Willis no fuera algo tan malo, tal vez fuera la mejor oportunidad de todas.

Younger no perdió de vista a Willis. Al día siguiente, Willis tomó el taxi local hasta Lynbrooke, donde se detuvo en la agencia del diario. El capitán interrogó a Sammy, el conductor, pero este no sabía nada de su pasajero. Después de prevenirlo para que no dijera nada a Willis acerca de sus preguntas Younger volvió a su Ford cuando Willis salía de la agencia.

Ese Willis tenía algo casi aterrador. Era alto, membrudo, de duro aspecto, con los ojos más fríos que Younger había visto en su vida, y manos tan nudosas como ramas de árboles. Las ropas le quedaban como un impaciente compromiso con la sociedad, como si el que las vestía nunca pudiera estar realmente cómodo con traje y camisa blanca, una corbata anudada al cuello y los pies embutidos en zapatos de cuero.

De no haber sido por el botín, Younger se habría mantenido bien lejos de Willis, pero medio millón de dólares era demasiado dinero para despreciarlo. Por eso se aferró a ellos.

Pero entonces Willis desapareció, para reaparecer en casa de Gliffe y luego de Rayborn, Younger pensó que Willis estaba alborotando, y recorrió el pueblo, presa del pánico, tratando de encontrarlo y desviarlo, detenerlo antes que lo arruinara todo.

Al fin lo encontró, sí, inconsciente en el sótano de la casa del muerto. Cuando bajó la escalera y lo vio tendido en el piso, Younger experimentó un terrible impulso de matarlo, matarlo en ese mismo instante, como mataría a una serpiente de cascabel dormida al sol. Entonces Willis estaba indefenso, y Younger tenía la oportunidad, y el medio en la pistolera, bajo la chaqueta. Nunca tendría otra oportunidad como esa...

Pero la avidez por el dinero era demasiado fuerte; por eso no lo hizo.

Además ahora había otro, ese tal Tiftus, otro forastero llegado al pueblo para echar mano a la plata de Sheer... ¿Quién podía saber cuántos más de ellos acudirían, cuántos criminales, hombres duros, peligrosos y brutales, en busca del botín?

Entonces Tiftus fue asesinado, y Younger se dio cuenta de que estaba en camisa de once varas. Obligó a Willis a tratar con él, para no sentirse ya tan expuesto. Y entonces resultó que Willis no sabía más que él, en cuanto al paradero de la plata.

Por eso repartieron la tarea en dos mitades. Willis, buscaría la plata, y Younger buscaría al asesino de Tiftus. Era necesario descubrirlo, pues de lo contrario, podía estar apoderándose de la fortuna sin que nadie lo supiera.

Younger sabía que no podía confiar en Willis; que en cuanto hallara el botín, este intentaría huir con todo. Pero Younger no era tan tonto; tenía hombres que lo vigilaban constantemente. Cuando Willis diera con el dinero, él se enteraría y no tardaría en quitárselo.

¡Todo! ¿Acaso Willis no trataría de traicionarlo? Así que no existía motivo alguno para repartir con él.

Capítulo 22

Younger se paseaba de un lado a otro, por el terreno detrás de la casa de Joe Sheer; de un lado a otro, de un lado a otro, con la mirada fija en la tierra despareja y llena de malezas, en busca de la pala.

Según sus deducciones, la pala tenía que estar allí. Quizás no en ese sitio exacto, pero sí cerca, cerca. Porque el asesino había golpeado a Willis con esa pala, pero no a Tiftus... Finalmente, la policía del Estado había hecho algo útil, al enviarle un informe relativo al arma asesina, que al fin y al cabo no era una pala, sino un pesado cenicero de cristal, que ya se encontraba en la habitación a la llegada del asesino.

Lo que no alcanzaba a comprender, era por qué se habría llevado la pala el asesino. ¿Intentaba impedir que otros cavaran allí? Eso no tenía sentido. Y tampoco podía habérsela llevado a causa de sus impresiones digitales, puesto que podría haberla frotado sencillamente, tal como frotó el cenicero en el hotel.

Lo único que se le ocurría a Younger era que el asesino había sufrido pánico. Estuvo agazapado tras la puerta del sótano durante una hora, en la oscuridad oyendo que alguien andaba, sin saber quién era, qué quería ni si abriría la puerta, y cuando finalmente lo hizo, y consiguió golpear bien a Willis, que se vino abajo por la escalera, probablemente estaría demasiado alterado y no pudo pensar como es debido. Lo más alejado de su mente era bajar y volver a poner en su sitio la pala. Probablemente ni siquiera recordó que la tenía en la mano hasta que se encontró ya fuera de la casa.

Bueno, ¿hasta dónde podía haber llegado con ella? No la tenía consigo una hora más tarde, al llegar al hotel. ¿Qué hizo entonces, acaso recorrer unos pasos, una cuadra, dos, hasta darse cuenta de que llevaba la pala, que entonces arrojó en alguna parte? Era lo más verosímil.

Salvo que quizás tuviera auto... En ese mismo instante, la pala podía estar en alguna parte, en el asiento posterior o el baúl de un coche. Si el asesino tenía un auto cerca de la casa de Joe, eso era lo que podía haber ocurrido...

Pero Younger se arriesgaba a suponer que no era así, que el asesino había llegado a la casa por ese fondo, cruzando los campos, para evitar ser visto por nadie, y que había partido por el mismo camino, deshaciéndose de la pala por allí. Esa era la teoría de Younger, quien estaba allí para comprobarla.

Porque lo que le hacía falta, era un indicio, un punto de partida, que no tenía. No tenía idea alguna en cuanto a la identidad del asesino. Si su teoría era acertada, y el asesino se había llevado la pala por puro pánico, entonces era un aficionado, no un profesional como Willis o Tiftus. Y si era un aficionado, entonces lo más probable era que se tratara de un ciudadano local.

Pero ¿quién? Allí, nadie conocía la historia completa, nadie más que él mismo, Younger. Rayborn y Gliffe conocían cada uno una parte de la historia, lo mismo que tres de sus patrulleros, pero solo él conocía todo. Además, esos cinco eran inocentes. Él lo había verificado, averiguando dónde se encontraba cada uno de ellos en el momento en que el asesino se ocultaba en el sótano, y mientras Tiftus era asesinado, y los cinco tenían coartadas infalibles, al menos para una parte de ese lapso.

Otra persona... Younger quería hallar un indicio de ella, solo una pista, para empezar. Y esa era la pala.

Trató de imaginarlo... De pie tras la puerta del sótano, con la cabeza oculta por una bolsa de arpillera y la pala en las manos. Al cabo de una hora de espera, nervioso y asustado, ataca a

Willis y huye. Tiene que quitarse enseguida la bolsa de la cabeza, pero tampoco está por allí; quiere decir que tanto es su terror, que huye con la pala en una mano y la bolsa en otra. Por la puerta del fondo, para evitar miradas; cruza los campos, y por el camino arroja la pala y la bolsa.

Casi lo veía, veía todo menos su cara, lo veía corriendo por el campo, agachado, con la pala y la bolsa de arpillera en las manos. Después lo veía detenerse, hacer una pausa, mirar a su alrededor como un animal perseguido, arrojar la pala y la bolsa y seguir su carrera.

¿Se acordaría de limpiar sus huellas digitales del mango de la pala? Tal vez sí, tal vez no.

Por eso, lo que debía hacer era explorar él mismo el terreno, centímetro a centímetro, detrás de la casa del viejo. Y si no encontraba allí la pala, empezar entonces a interrogar a los vecinos. Tal vez uno de ellos habría visto al hombre con la pala. Por cierto, eso era posible; la gente recordaría algo así, un hombre huyendo con una pala.

—¡Hola, capitán! ¿Busca algo?

Younger levantó la mirada, sobresaltado, y se encontró con un muchacho de unos diecinueve años, desgarbado y granujiento. Tardó un segundo en alejarse de sus propios pensamientos, y entonces reconoció al muchacho; el hijo de los Ricks, que ocupaban la casa vecina a la de Sheer. El que conversaba con Willis la primera noche.

—Hola, ¿qué tal? —le contestó—. ¿Qué tal, Alfred? —agregó, al recordar el nombre de pila del jovenzuelo.

—Si perdió algo, tal vez le pueda ayudar a encontrarlo.

Por si acaso, Younger le preguntó:

— ¿Viste aquí un hombre con una pala?

— ¿Un hombre con una pala? —repitió Alfred, frunciendo el entrecejo. Sacudió la cabeza—. Vi una pala, pero no un…

— ¿Una pala? ¿Dónde?

—Allá, junto a ese arbusto rojo. La encontré esta mañana, al lado de una bolsa como de papas.

El capitán se volvió hacia el sitio indicado.

— ¿Estarán allí todavía?

—Yo me las llevé... Creí que no pertenecían a nadie, que las habrían...

— ¿Las tienes tú? ¿Dónde?

—En el sótano de casa.

—Muéstramelas.

—Cómo no.

El muchacho lo guio hacia su casa y el sótano. Allí estaban la pala y la bolsa, encima de una antigua mesa de trabajo.

Younger las miró, sonriente. Ahora estarían llenas de impresiones digitales del muchacho, pero quizás habría otras que podría aprovechar. Al menos, eso probaba su teoría; el asesino había perdido la cabeza debido al pánico, y huido llevando consigo la bolsa y la pala. Era un aficionado, probablemente un ciudadano local, y sería descubierto.

—Tendré que llevármelas, Alfred —anunció—. Son pruebas en un caso que investigo... Cuando termine, te las traeré, son tuyas, puesto que las encontraste.

—Puede guardárselas —repuso Alfred, encogiéndose de hombros—. De todos modos, ya tenemos pala.

Younger subió, salió y fue en busca de su Ford. Antes de llegar, se encontró con Willis, que salía de casa de Joe y le preguntó:

— ¿De dónde sacó eso?

Muy complacido consigo mismo, el policía repuso:

—Tenía una teoría... Deduje que el asesino se habría asustado y que...

— ¿De dónde los sacó?

Irritado, pues deseaba exponer su teoría completa, Younger respondió:

—El fugitivo las arrojó en el terreno, detrás de la casa.

—¿Allá las encontró? —inquirió Willis, mirando hacia la casa de Ricks.

—La encontró el hijo de los vecinos...

—¡Ah!

—¿Y usted?

Willis sacudió la cabeza.

—Hasta ahora no tuve suerte...

—No creo que el dinero esté en la casa; ya lo habríamos encontrado.

—Seguiré buscando —repuso Willis, antes de volver a entrar.

Que tipo hosco... Younger se alegraría de terminar con esa sociedad. Cargó en su auto la pala y la bolsa, y partió.

Parte 4

Capítulo 23

Parker volvió a entrar en la casa, sabía que Younger se mantendría un rato ocupado, que se divertiría buscando impresiones digitales en la pala. Era capaz hasta de espolvorear la bolsa.

La inactividad ponía irritable y malhumorado a Parker, que no hacía otra cosa que encerrarse en la casa de Joe Sheer, a la espera de que el detective del Estado, Regan, descubriera al matador de Tiftus. Y aún así, era posible que la situación no se calmara... El disfraz de Willis podía quedar estropeado, ocurriera lo que ocurriera.

Aunque quizás no... Ya sabía más de lo que sabía cinco minutos antes.

En cuanto Younger se alejó con su pala y su bolsa inútiles, Parker se acercó a la ventana del costado del *livingroom*, por donde miró la casa contigua. Desde allí alcanzaba a ver otro *livingroom* pequeño como ese aunque más abarrotado de muebles viejos. Miró hacia arriba y vio las ventanas del dormitorio ubicado en el segundo piso.

El muchacho estaba de nuevo en el porche. Parker se apartó de la ventana y lo llamó:

—¡Eh, tú! ¡Ven acá un minuto!

— ¿Quién? ¿Yo?

—Sí, ven aquí.

— ¿Qué quiere?

—Hablarte.

El muchacho miró en torno y comprobó que no había nadie más a la vista. Entonces, decidió:

—Debo quedarme aquí para atender el teléfono.

—No te demoraré mucho tiempo —insistió Parker.

El muchacho no quería ceder pero tampoco atinó a esbozar una negativa o una excusa aceptable, por lo que, después de mucho vacilar, respondió:

—Conforme, pero debo volver pronto para atender el teléfono. —Y cruzando el parque llegó hasta el porche donde Parker lo esperaba con la puerta abierta. Alfred eludió su mirada y entró a la casa seguido por Parker, quien cerrando la puerta le espetó:

— ¿A qué fuiste a mi pieza?

El muchacho se volvió, asustado, con los ojos dilatados.

— ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—No me hagas perder tiempo —repuso Parker, sacudiendo la cabeza—. Fuiste allá, Tiftus te sorprendió, y tú lo golpeaste... lo mismo que a mí, cuando estabas en el sótano.

—No... no sé lo que...

—Lo que no me explico, es para qué fuiste a mi pieza. ¿Pensaste que ya tenía la plata?

—Señor, le juro que...

Parker lo abofeteó.

—No digas mentiras; eres demasiado joven —le dijo.

El muchacho, dispuesto a echarse a llorar en cualquier momento, se llevó una mano temblorosa a la mejilla, que enrojecía, y dijo:

—No sé por qué...

—Eres observador. Te he visto en el pórtico, y en la ventana del *livingroom*. Te quedas observando...

—Eso no tiene nada de malo... ¿Qué tiene de malo?

—Younger perseguía a Joe, al viejo que vivía aquí. Tú lo veías... Y a veces, de noche, te ocultabas cerca de una ventana y escuchabas.

El muchacho sacudía la cabeza, boquiabierto, con los ojos dilatados.

—Te tragaste ese cuento del medio millón de dólares... Eres tan tonto como Younger.

—¿C-cuento?

—Eso no existe... Joe no tenía plata escondida en ninguna parte. La tenía toda invertida, tal como le dijo a Younger.

—P-pero, él cometió todos esos...

Se detuvo bruscamente, llevándose la otra mano también a la cara. Con las dos se cubrió toda la parte inferior del rostro, y por encima de ellas miró con fijeza a Parker, quien asintió con la cabeza.

—Cometió todos esos robos... Y la gastó. La gastó con mayor rapidez de la soñada por ti o Younger...

—Yo no fui...

—Fuiste tú. Tú estabas cavando allá abajo; me oíste entrar, esperando y cuando abrí la puerta del sótano, me golpeaste. Después volviste a tu casa y te escondiste en un armario. Tan asustado estabas, que olvidaste dejar caer la pala, por eso tuviste que dársela a Younger. Como temías quedarte con ella le dijiste que la habías encontrado. Younger es tonto, pero al cabo de un tiempo se dará cuenta...

—No fui yo —repitió el muchacho, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. No fui yo. Escuché, oí lo que decían, pero no hice nada de eso, lo juro.

—Solo una cosa quiero saber... Por qué fuiste a mi pieza del hotel. Eso no me lo explico.

—No, yo no hice nada de eso, no fui...

Parker lo abofeteó dos veces, con la palma y el revés de la mano. Mientras el jovencito gimoteaba, le dijo:

—Quiero saber... No me gusta lo que no puedo explicarme.

—Se lo dirá a la policía —gimió Alfred—. ¡Me entregará a la policía!

—No; yo no hablo con ellos.

El muchacho pestañeó, volvió a pestañear, y miró con fijeza a Parker.

— ¿Lo dice en serio? ¿De veras?

—En otra época, trabajé con Joe... No hablo con la policía.

El otro se frotó los ojos con mano temblorosa, y se lamió los labios resecos.

—No quise hacerlo —murmuró—. Golpearlo a usted, ni al otro, ni nada. Solo quería esa plata...

— ¿Por qué fuiste a mi pieza del hotel?

—Quería saber quién era usted... Cuando lo derribé olvidé fijarme en su billetera, y temía volver, porque quizás usted no estaría desmayado. Pensé que me hacía falta averiguar quién era, ya que lo había visto registrar la casa y todo eso. No sabía, a lo mejor usted era del FBI o algo así.

— ¿Cómo encontraste mi habitación?

—Seguía al capitán Younger, y él a usted. Antes de eso, antes que le golpeara.

—Así que entraste y Tiftus te sorprendió allí...

—Entró por la ventana... Me vio escondido detrás del tocador, y se puso a chillar y correr. Yo estaba asustado, por eso lo golpeé con el cenicero. No sabía que podía matarlo con eso, de veras. Lo único que pretendía, era desvanecerlo, no sabía que podía matarlo.

Desde el primer momento, Tiftus había creído que Parker sabía más que él acerca de los bienes de Joe... Debía haber creído que existiría una carta de Joe, o algo por el estilo, y había ido en su busca.

El muchacho se estremecía como recién regado con agua fría.

—No se lo dirá a la policía, ¿verdad? ¿Verdad? —repitió.

Ese jovencito era un problema. Estaba enterado de todo, había oído todo lo dicho por Joe a Younger. Y le echarían el guante; tarde o temprano le echarían el guante. Había cometido una estupidez tras otra, hasta llegar a entregar a Younger la pala y la bolsa de arpillera. Tarde o temprano, Younger o Regan, más

probablemente el segundo, llegarían al muchacho, y este no haría otra cosa que hablar. Hablaría tres días sin parar y sin repetirse ni una vez.

Parker sacudió la cabeza; otro detalle de que ocuparse...

—¿No hay nadie en tu casa? —preguntó.

—No; mi madre salió...

—Está bien; tendrás que irte un tiempo del pueblo. Yo te daré plata.

—¿De veras? —exclamó Alfred, esperanzado.

—Escribe una nota para que tu madre no te haga buscar con la policía...

—Ah, sí, eso es fácil.

—Hazlo antes que nada.

Parker lo condujo a la cocina, donde encontró lápiz y papel, y el muchacho escribió una nota. Parker la leyó; bastaría.

—Muévete de prisa —le dijo—. Ve a tu casa, prepara una valija con pocas cosas, y después vuelve.

—Sí, señor.

Los diez minutos de ausencia del muchacho fueron malos; Parker se paseó de un lado a otro. Podían salir mal tantas cosas...

Pero Alfred regresó, trayendo consigo una valijita.

—Estoy listo —anunció—. Dejé la nota sobre la mesa del comedor...

—Muy bien —repuso Parker, y lo golpeó dos veces. Lo enterró en el sótano, en el agujero cavado por el mismo muchacho.

Capítulo 24

Parker salió por el fondo. Sabía que Younger tenía agentes apostados, para vigilar que él no abandonara el pueblo, pero no creía que fueran más listos que su jefe. Había descubierto hacía rato el Plymouth gris estacionado calle abajo, y que era utilizado por el que vigilaba el frente de la casa, y el Dodge verde, estacionado junto al camino, ocupado por el que vigilaba los fondos. Lo único que le hacía falta, era pasar entre el Plymouth y el Dodge.

Salió por el patio del fondo, manteniéndose cerca de los edificios, y recorrió una cuadra y media antes de salir a la calle, para encaminarse directamente hacia el centro.

Entró en el hotel como había salido la primera vez: por la escalera de incendios del fondo. Recordaba el número del cuarto de Tiftus, y sabía que Rhonda ocupaba el de al lado. Cuando llamó, ella abrió enseguida.

—Es usted... Ya era hora —dijo.

Él entró y cerró la puerta. La encontró ataviada con pantalones negros, ajustados, y un suéter rosado, y completamente maquillada.

—Los dos queremos salir de este pueblo, ¿verdad? —le dijo.

—Digamos que no es un sitio como lo que estoy acostumbrada a frecuentar...

—No podremos irnos hasta que la justicia descubra al matador de Tiftus...

— ¿Lo descubrirán alguna vez?

—No.

Ella, que no esperaba esa respuesta, sacudió la cabeza diciendo:

—¿No? ¿Y por qué demonios?

—Porque lo descubrí yo... Es una larga historia, que usted no querrá escuchar.

—¿Bromea? Claro que quiero escucharla.

—No, no quiere.

Ella lo miró a la cara; durante un segundo o dos se mostró dispuesta a discutir, y al fin cambió de idea.

—Está bien, no quiero —repuso—. ¿A qué viene esto, entonces?

—Viene a que tendremos que entregar a Regan alguna otra persona...

—Por ejemplo, ¿a quién?

—A cualquiera; alguien que ya no esté aquí.

—¿Y él se lo tragará?

—El que tiene que tragárselo es Younger, que lo hará... Tiene que ser un cuento lo bastante bueno como para que Younger pueda aceptarlo y cerrar el caso... Una vez que Younger dé por solucionado el caso, Regan ya no podrá hacer nada. Está aquí solamente en carácter de consejero, hasta que sea descubierto el culpable.

—Bueno, si usted lo dice —dudó la mujer—. ¿Cómo será este cuento?

—Depende... Cuénteme lo que le dijo a Regan, detalle por detalle.

—No sé a qué viene eso, pero ¿por qué no? Le dije esto... Adolph y yo vinimos de vacaciones, solamente de paso. Al llegar, Adolph lo vio a usted en el vestíbulo, dijo que lo conocía y que iba a saludarlo. No sé qué ocurrió entre los dos, pero usted lo aporreó y lo amenazó con matarlo. Eso es todo...

—¿Le dijo que lo llevé de vuelta a su cuarto, y que allí me encontré con usted?

—No, de eso no dije nada. Lo presenté con más sencillez... Usted le golpeó; más tarde él volvió al cuarto y me lo contó.

—¿Cómo lo dijo Tiftus, según su declaración? ¿Empleó mi nombre, o dijo que lo había golpeado el tipo a quién vio en el vestíbulo, o qué?

Los detalles parecían molestarla. Se estaba irritando; se encogió de hombros y lanzó humo azulado de cigarrillo, diciendo:

—¿Qué sé yo? No le conté detalle por detalle.

—Está bien, escuche... Usted le dijo esto a Regan: que usted y Tiftus llegaron aquí, vieron en el vestíbulo a un tipo a quien él dijo conocer; Tiftus fue a verlo y volvió diciendo que el otro lo había golpeado. ¿Fue así?

—Eso es precisamente lo que declaré —asintió ella.

—Bueno, ¿y qué le dijo la segunda vez, cuando modificó su declaración?

—Que no era usted el que vi en el vestíbulo...

Parker volvió a pensarlo, mientras ella lo observaba, perpleja e interesada. Al cabo de un rato, le dijo:

—Bueno, tendremos que contarle una nueva historia a Regan... No cambiaremos la anterior; le agregaremos, nada más. Usted y Tiftus llegaron aquí, vieron en el vestíbulo a un tipo a quien él dijo conocer; se fue, volvió, y dijo que el otro lo había golpeado y amenazado de muerte. Cuando me vio, usted creyó que era yo, pero se equivocó. El otro era alto y de un físico semejante al mío, pero más joven y de cabello rubio. Y lo que usted recordará es que Tiftus mencionó su nombre. Cuando vio al otro en el vestíbulo, dijo «Vaya, allí está Jimmy Chambers». ¿Entendió eso?

—Sí, aunque no comprendo...

—Por eso no se preocupe. Por intermedio de Younger, agregaré pruebas contra Jimmy Chambers...

—Pero ¿quién es ese Jimmy Chambers? ¿Un invento suyo?

—No, es un tipo con antecedentes. A Regan no le costará nada averiguar que hay un Jimmy Chambers verdadero, que conocía a Tiftus, de modo que todo va a coincidir.

—No puedo hacer eso.

— ¿Qué es lo que no puede hacer?

—No puedo poner en aprietos a ese Chambers. ¿Por qué no inventamos cualquier nombre? ¿Sería lo mismo?

—No lo sería. Chambers es un nombre que Regan puede verificar… Y Chambers resultó muerto hace unos meses, en una explosión que ningún oficial conoce, así que no se preocupe en cuanto a ponerlo en aprietos.

— ¿Es verdad eso?

—Sucedió durante un trabajo en el que participamos los dos… Yo no entrego a los míos a la justicia.

—Está bien —accedió ella—. ¿Cuándo quiere que haga esto?

—Mañana por la mañana…

—Espero que me crea.

—Por eso no se preocupe.

—Claro —repuso ella, pero después se reanimó—. Puedo representar una buena escena…

—No se exceda. Hasta pronto…

— ¿Ya tiene que irse? Quédese un rato.

—En otra ocasión.

— ¿Quiere que se la reserve? —le sonrió ella.

—Claro.

Capítulo 25

Era casi la medianoche cuando Younger volvió a llamarlo a casa de Joe, donde Parker lo esperaba. No estaba impaciente ni irritado. Así le sucedía a veces; cuando sabía lo que iba a suceder en adelante, era capaz de permanecer solo en la oscuridad y esperar, silencioso y paciente como una piedra.

Finalmente sonó la campanilla del teléfono. Era Younger.

—¿Lo encontró? —fue lo primero que dijo.

—No. Quiero hablar con usted.

—¿Con respecto a qué?

—El dinero y otra cosa... Venga aquí.

—Es tarde, Willis.

—Tenemos que hacerlo esta noche... ¿Irá mañana al funeral de Tiftus?

—Regan quiere que vaya... Él también irá.

—Muy bien. Venga ahora, no tardaremos mucho.

Aunque rezongó, Younger acabó por decir que iría enseguida. Parker colgó, se puso de pie y recorrió la casa, encendiendo luces. No quería despertar los recelos de Younger. Se preparó una taza de café y volvió al *livingroom* a esperar; diez minutos más tarde sonó la campanilla.

Cuando Parker abrió la puerta, entró Younger, quejándose:

—¿Sabe que es más de medianoche? Será mejor que esto valga la pena.

—Siéntese, Younger; no tardaremos mucho. Quiero que piense en esto: usted busca al que mató a Tiftus... Pero Regan también lo busca. ¿Qué pasa si lo descubre primero?

—Se lo quitaré enseguida de las manos. Todavía soy yo quien está a cargo de la investigación, como ya se lo dije.

—Se lo quitará, siempre que Regan le diga que lo tiene... Pero ¿se lo dirá enseguida? ¿Y si lo retiene durante una hora, seis horas, lo interroga un poco y no le dice nada a usted hasta que termine con él? ¿Qué podrá hacer al respecto?

—¡Podría presentar una queja contra él, maldición!

—¿Y qué significaría eso para Regan? ¿Qué significaría para sus jefes? Un policía pueblerino, fastidiado porque Regan no le hizo caso...

Era verdad, y Younger lo sabía. Finalmente cedió:

—¿Qué importancia tiene eso?

—Si Regan lo descubre antes, lo hará confesar, y usted lo sabe... De todos modos, sospecha de nosotros, sabe que hay algo entre usted y yo. No le entregará al detenido hasta que haya descubierto qué pasa, y entonces será demasiado tarde; todo quedará en descubierto, y no tendremos ninguna oportunidad de conseguir la plata.

—¿Y qué podemos hacer?

—Hacer cerrar el caso... Descubrir un asesino, para sacar de en medio a Regan.

—¿Cómo podemos hacer tal cosa? ¿Incluir a alguien, quiere decir? No podríamos, ni siquiera yo.

—No nos hace falta un cuerpo... con un nombre basta. Lo único que hace falta, es que vuelva derecho a la jefatura y envíe un teletipo a Washington, pidiéndoles cualquier información relativa a un hombre llamado Jimmy Chambers, de quien se sabe que estaba relacionado con un tal Adolph Tiftus.

—¿Jimmy Chambers? ¿Para qué diablos?

—Cállese y escúcheme... Hoy, esta tarde, yo le dije algo que le había ocultado. Le dije algo que Tiftus me dijo cuando lo encontré en la calle, antes de su muerte... Vi que había estado en una pelea, y él me dijo: «Jimmy Chambers me aporreó». Yo le contesté: «No sabía que estuviera en el pueblo» y él dijo:

«Supongo que habrá venido para el funeral». Nada más. ¿Entendió?

Younger repitió el diálogo y agregó:

—¿A qué viene todo eso? ¿Quién demonios es ese Chambers?

—Mañana tendrá la respuesta desde Washington...

—¿Y qué pasará entonces?

—Usted decidirá que fue Chambers quien mató a Tiftus; agradecerá su ayuda a Regan y lo enviará a su casa.

—¿Sobre la única base de sus declaraciones?

—Y... Habrá otras pruebas, por eso no se preocupe.

—Ya las verá... Será mejor que esté en condiciones de mostrarse sorprendido cuando las reciba. Lo importante es que envíe ese pedido esta misma noche, tan pronto como llegue al centro, y que se lo diga a Regan mañana por la mañana. ¿Entendido? En cuanto vea a Regan, mañana, háblele de Chambers. Es importante hacerlo enseguida.

—Está bien, está bien. ¿Eso es todo?

—Sí... En cuanto saquemos de en medio a Regan, podremos buscar el botín y el asesino. Pase a buscarme con su auto, mañana a las tres...

—¿Cree que Regan ya estará entonces fuera del caso?

—¿Por qué no? Pida con urgencia esos informes a Washington, y recibirá una respuesta mañana por la mañana. Regan estará fuera a mediodía.

—Si lo está vendré. Si no, no. Es cuanto puedo prometerle.

—Con eso basta... Ahora, vaya al centro y envíe ese pedido. Podrá decirle a Regan que lo envió esta tarde...

—Claro, eso ya lo entendí.

En cuanto se marchó Younger, Parker salió por los fondos, en busca del arma que le haría falta al día siguiente. El centro estaba silencioso y desierto. Encontró una tienda de artículos deportivos en una calle lateral, a media cuadra de la principal. No le costó nada abrir una ventana del fondo para luego registrar el surtido de cuarta categoría, hasta dar con una pistola

de cañón corto, una Iver Johnson Trailsman de calibre 22. Con una caja de municiones, volvió a salir por la ventana, ajustando los detalles para disminuir la posibilidad de que el robo fuera descubierto enseguida.

De vuelta en casa de Joe, se sentó a la mesa de la cocina y desarmó la pistola. Una vez que le limpió el aceite, volvió a armarla y cargarla. Durmió con ella bajo la almohada.

Capítulo 26

Era Regan quien llamaba a la puerta. Parker lo invitó:

—Adelante...

El detective, que parecía curioso e insatisfecho, asintió al entrar, diciendo:

—Quiero hablar con usted...

—Encantado. ¿Una visita oficial?

—Extraoficial —repuso Regan, con una mueca de disgusto—. Ya no estoy relacionado con el asesinato de Tiftus...

—Eso no lo sabía... Pase y siéntese.

Regan pasó al *livingroom*, pero no se sentó, y Parker también permaneció de pie.

— ¿Descubrieron al que mató a Tiftus? —preguntó.

—Usted debe saber más que yo de eso —repuso Regan, mientras paseaba la mirada por el cuarto—. Quisiera haber conocido a Joseph Shardin... Él debe ser la clave de todo esto.

— ¿Por qué debo saberlo yo?

—Fue usted quien resolvió el caso... Nos dio la pista necesaria —replicó el detective, con sarcasmo, aunque sin marcarlo demasiado.

— ¿Se refiere a Jimmy Chambers? Entonces, ¿fue él?

—Así parece... Abner está convencido.

—Pero usted no.

—No, Willis, yo no... Pero lo mismo da, puesto que no estoy a cargo del caso.

—Si quiere preguntarme algo, hágalo; solo quiero cooperar.

— ¿Por qué?

—Porque no quiero que le esté encima a Charles Willis...

Regan frunció el entrecejo, estudiándolo.

—Hasta creo que esa es la verdad —manifestó—. Y no lo entiendo... ¿Por qué esperó tanto para hablar de Chambers?

—Al principio pensé que no podía haber sido él. Después, como no apareció ningún otro, tenía que ser él. Para empezar, pensé que si les hablaba de él, usted y Younger lo detendrían y no buscarían más, porque estuvo en prisión. Pero si realmente era culpable, no quería encubrirlo... ¿Ya lo atraparon?

—No. Parece que ya no está en el pueblo...

—Bueno; eso se explica, si fue él.

—Todo se explica. Un poco tarde, pero todo se explica. Todas las historietas que al principio no se relacionaban muy bien, ahora se unen como imanes. Existe alguna relación entre usted, Abner y la Samuels, y no logro descubrirla.

—No conocía a ninguno de ellos antes de esto —aseguró Parker.

—Lo creo también... Por eso no me lo explico. La clave es Shardin —continuó el detective, más para sí que para su interlocutor—. Él muere, y acuden tres antiguos amigos a su funeral; un comerciante de Miami y dos exconvictos... Uno de los exconvictos mata al otro, y el comerciante traba súbita amistad con el capitán de la policía local. Y con la amiga del asesinado, no lo olvidemos. Primero, ella lo identifica como el que mató a su hombre; después modifica su versión, y al final vuelve a modificarla agregando a ese Chambers, más o menos en el mismo momento en que este comerciante menciona a Chambers. Eso es raro, ¿no le parece, Willis? Nunca oí hablar de este Chambers, hasta esta mañana, y entonces lo oigo por todos lados.

—Yo se lo dije a Younger ayer... ¿Qué dijo la mujer?

—Es verdad, usted no estaba presente, no puede saberlo —dijo Regan con agria sonrisa—. Esta mañana lo recordó... Tiftus le dijo el nombre del que lo aporreó, y era Chambers.

—Eso fue lo que me dijo también.

—Me gustaría saber cómo murió Shardin…

—Oí decir que fue de un ataque cardíaco.

—Lo mismo que yo… Está bien, Willis. Solo quería saber por qué demoró tanto en hablarnos de Chambers, y usted tenía una respuesta lista…

—Es la verdad.

—Estoy seguro —repuso Regan, encogiéndose de hombros antes de dirigirse hacia la puerta—. Ya no me preocupa más… Tarde o temprano será hallado Chambers, y quizás se descubra algo más en el juicio. Puedo esperar.

—Perfecto —repuso Parker.

—Ha sido interesante conocerlo, Willis… Supongo que ahora se marchará del pueblo.

—Probablemente.

—Bueno… Adiós, Willis.

—Adiós.

Capítulo 27

Younger llegó a las tres en punto. Cuando Parker lo vio detener su Ford frente a la casa, recogió su valija y salió de la casa.

— ¿Para qué la valija? —le preguntó el policía.

—Vamos a Omaha, y puede ser que tengamos que quedarnos, puesto que partimos tarde...

—Debió decírmelo, yo también me habría preparado una valija.

—Puedo prestarle lo que le haga falta... No hay problema. Vámonos de aquí.

—Bueno. Todo salió bien con Regan —declaró el capitán, mientras ponía el coche en marcha—. Eso fue bueno, cuando la Samuels empezó también a hablar de Chambers... Usted lo preparó bien. Solo que, ¿qué ocurrirá cuando detengan a ese Chambers?

—No lo detendrán —aseguró Parker.

—Parece muy seguro...

—Lo estoy.

No hablaron más por un rato. Al cabo de un tiempo, cuando transitaban por la ruta de tres calzadas que conducía a Omaha, Younger empezó otra vez:

—Usted es de Miami, ¿no?

—Allí vivo, a veces.

—Eso es lo que pienso hacer... En cuanto le ponga las manos encima a ese dinero me iré de aquí. ¿Qué me aconseja? ¿Miami?

¿O será mejor salir del país e irme quizás a la Riviera, o Acapulco?

—Da lo mismo un sitio que otro —repuso Parker, aunque sabía que Younger sería incapaz de entenderlo.

Así fue.

—Con medio millón de dólares, no —contestó.

—Un cuarto de millón —le recordó Parker.

Younger reaccionó como un mozalbete sorprendido en falta, con sonrisa culpable y todo.

—Es verdad, es verdad, tiene razón, Willis. Quise decir un cuarto de millón, claro.

—Por supuesto.

—Puede confiar en mí.

—No. No puedo confiar en usted, lo sabe. Y usted no puede confiar en mí... No confía en mí, por eso me hizo vigilar por sus agentes. No podemos confiar el uno en el otro, hay demasiada plata de por medio... Y eso no conviene. Si seguimos vigilándonos constantemente, no llegaremos a ninguna parte. Recuerde que quien mató a Tiftus está todavía suelto por allí...

—Ya sé... Tiene razón, tendríamos que poder confiar el uno en el otro. Pero ¿de qué manera? Le diré la verdad, Willis; usted podría jurar sobre una pila de Biblias que brilla el sol, y yo tendría que salir a comprobarlo con mis propios ojos... No existe manera de que me haga confiar en usted.

—Existe una... Podría darle algo que me perjudique, de modo que, si llegara a traicionarlo, podría utilizarla contra mí.

—No entiendo...

—Escribiría una nota, diciendo por ejemplo, «Yo maté a Adolph Tiftus». La firmaría con mi nombre, y usted me tendría en sus manos. Usted podría dársela a un abogado, o a un amigo suyo, para que la guardara bien segura. Podría indicarles que, si le ocurre algo a usted, entreguen la nota a la justicia... De esa manera estaría a salvo; yo no me atrevería a tocarlo.

—Eso me parece lógico —asintió el capitán—. No es una mala idea... Así podría confiar en usted.

—Claro.

—Entonces lo haremos en cuanto volvamos al pueblo...

—Podemos hacerlo en Omaha, en el departamento de Joe. Cuanto antes, mejor será para los dos.

—Está bien, de acuerdo. Lo mismo me da. Aunque, ¿y la coartada que yo le proporcioné?

—Lo explicaría en la nota, diciendo que yo le indiqué una hora anterior a la que era, y que usted no tenía reloj, o algo por el estilo. Todo quedaría explicado en la nota.

—Muy bien... Es una buena idea.

—Para usted también.

— ¿Qué quiere decir? —exclamó Younger, sobresaltado.

—Usted también escribirá una nota... diciendo que mató a Joseph Shardin.

Entonces Younger se mostró asustado.

—¡Yo no lo maté! ¿Qué diablos está diciendo, Willis? ¡Yo no lo maté!

—Ni yo maté a Tiftus... No es eso lo que interesa. Lo que interesa es tener algo que pueda utilizar contra usted, como lo tendrá usted contra mí.

—Pero no tiene sentido... ¿Cómo sería?

—Usted escribirá: «Yo maté a Joseph Shardin. Trataba de extorsionarlo para que me entregara dinero, y me excedí». Y firmaría con su nombre. No, espere un segundo. Además de eso, escribirá: «El doctor Rayborn sabe todo al respecto». Porque lo sabe, ¿verdad?

—Si ese canalla ha estado hablando de más...

—No hacía falta... No lo vi desde que me arregló la cara.

—No me gusta... No maté al viejo, ¿por qué decir que lo hice?

—Usted tendrá mi nota diciendo que maté a Tiftus, yo tendré la suya diciendo que mató a Joe... Así estaremos a salvo el uno del otro.

Younger se mordisqueó el labio inferior, mientras sacudía la cabeza.

—No me gusta... No me gusta nada —repitió. Parker sabía que el problema consistía en que Younger contaba con todo el botín, y ahora tenía que acostumbrarse a la idea de conseguir solo la mitad.

La mitad de un castillo en el aire...

Cuando aparecían delante de ellos las afueras de Omaha, Younger accedió finalmente.

—Está bien, será lo mejor —declaró.

—Tiene razón —aprobó Parker.

Capítulo 28

La nota de Parker decía:

> Yo maté a Adolph Tiftus. Vino a mi pieza, discutimos, y yo lo golpeé con el cenicero. Después fui a casa de Joe Shardin, donde me encontré con el capitán Younger, a quien le dije que era una hora más temprano de lo que era. Atemoricé a Rhonda Samuels para que dijera lo que dijo acerca de Jim Chambers.
>
> Charles Willis

Younger la leyó y exclamó:

—Perfecto. Esto explica todo.

Estaban sentados a la mesa de la cocina, en el departamento de Joe Sheer, en Omaha. Parker, que había escrito su nota para evitar sospechas de Younger, le pasó entonces la pluma y el fajo de papeles.

—Es su turno —le dijo.

Younger comenzó a escribir, bajo la mirada de Parker, que esperaba. Cuando concluyó, Parker la tomó para leerla:

> Yo maté a Joseph Shardin. No me propuse hacerlo; intentaba extorsionarlo y fue un accidente. El doctor Rayborn sabe todo, pues me ayudó a encubrirlo. Tuvo que hacerlo, porque yo estaba enterado de algo que lo perjudicaba.

— ¿Qué tal está? —preguntó el policía.

—Perfecta —aprobó Parker, mientras sacaba del bolsillo la pistola calibre 22—. Ponga las manos de plano sobre la mesa...

Los ojos de Younger se dilataron.

— ¿Qué se propone? —exclamó.

Parker echó mano a la nota escrita por él, la apelotonó y se la guardó en el bolsillo, antes de ponerse de pie.

—No se mueva... no se mueva para nada —ordenó.

—Usted lo encontró —dijo Younger, en tono acerbo y disgustado—. Lo encontró... Estaba en la casa, no más.

—No encontré ni un dólar —replicó Parker—. Joe le dijo la verdad; no existía ningún medio millón.

—Está mintiendo.

Parker sacudió la cabeza.

—Ya no. No hay más motivo para mentir —dijo. Younger levantó la mirada, vio la cara de Parker y comprendió lo que quería decir.

—No puede hacer esto —exclamó—. No podrá salirse con la suya.

Con cuidado, para no arrugarla, Parker tomó la nota de Younger, que puso encima de la heladera, fuera de su alcance. El policía insistió:

—Si no hay botín, no tiene por qué matarme.

—No puedo confiar en usted. Jamás podré. Si lo dejo con vida, siempre creerá que el medio millón está en alguna parte; creerá que lo tengo yo.

—No. No haré eso. Yo... le creo, Willis —continuó Younger, que sonreía de nervios, y de miedo y con la estúpida idea de que una sonrisa demostraría a Parker que al fin y al cabo era un buen tipo—. Le creo. No existe el dinero. Le creo.

—Demasiado tarde —replicó Parker, mientras le quitaba su propio revólver y lo sostenía contra el pecho de Younger, tal

como quedaría si este lo sostuviera con la mano derecha.

El policía abrió la boca, y empezó a levantar las manos, como para protegerse, y entonces Parker apretó el gatillo.

Después de eso, le llevó menos de cinco minutos el tener todo dispuesto. Cerró la mano de Younger alrededor del revólver de calibre 22, volvió a poner la nota sobre la mesa, frotándola con un pañuelo en la punta por donde la había tomado, y borró sus impresiones digitales de los pocos objetos tocados por él en aquella habitación. Desde allí en adelante, utilizó el pañuelo para todo lo que tuvo que tocar. Del bolsillo de Younger, retiró el sobre con la lista de robos cometidos por Joe, y los nombres, y lo quemó en un cenicero, junto con la nota escrita por él, diciendo haber matado a Tiftus. Echó las cenizas en el retrete.

Cuando terminó, todo era satisfactorio. Así quedarían respondidas las preguntas de Regan. Si este quería saber de Joseph Shardin, allí lo tenía: Younger, que extorsionaba al anciano, lo había matado accidentalmente. Tres de los antiguos amigos de Shardin vinieron al pueblo para su funeral; uno de ellos mató al segundo, y el tercero no tenía nada que ver. Concluida la investigación relativa al asesinato de Tiftus, ese tercer hombre se marchó. Presa de remordimientos, Younger fue al departamento del viejo, en Omaha, probando así que conocía toda su vida y bienes, y allí dejó una nota y se suicidó.

Perfecto. Lo único que faltaba era sacar del pueblo a Rhonda Samuels. Si se la dejaba allí, era capaz de ofenderse y descubrir todo.

Con una última mirada para comprobar que todo estaba listo, Parker salió del departamento.

Capítulo 29

Parker entró en una cabina telefónica y copió el número. Luego cruzó la estación terminal, hasta la oficina del telégrafo, del otro lado. Allí extendió un telegrama dirigido a Rhonda Samuels, en el hotel Sagamore, Nebraska. Indicaba el número de teléfono de la casilla y agregaba: «Llámeme a las seis desde teléfono público». No lo firmó.

A las seis menos diez, fue a sentarse en el banquillo de la cabina telefónica. La mujer llamó recién cinco minutos después de la hora.

—¿Está lista para dejar ese pueblo? —le preguntó, en cuanto ella reconoció su voz.

—¿Bromea?

—Compre dos pasajes para el tren a Omaha... Que sean dos.

—Me devolverá el importe, ¿no?

—Por eso no se preocupe... Tome el próximo tren para aquí. Uno sale a las seis y veinte y llega a las siete menos cuarto... Recuerde comprar dos pasajes.

—Lo recordaré.

Colgó, salió de la cabina y esperó. A las siete menos veinte, sacó su valija del armario donde la guardaba, y a las menos cuarto ella apareció por la rampa. Él se puso a su lado.

—No me lo diga, déjeme adivinar —propuso ella—. Vinimos juntos todo el camino, ¿verdad?

—Eso es...

—Y ahora, ¿qué? ¿Miami?

—Mañana —repuso él, tomándola del brazo.

Capítulo 30

Existían cosas que Parker ignoraba, y que desbarataron toda la estructura.

El mensaje del suicida... Era perfecto, salvo porque no era exacto. Cuando la policía interrogó al doctor Rayborn, este negó todo por un tiempo, y cuando al fin cedió, dijo que había ayudado a Younger a ocultar un suicidio y no un asesinato. Rayborn aseguró que Joseph Shardin se había ahorcado solo, y se negó a modificar esa declaración.

Esta vez, Regan estaba a cargo de toda la investigación, y nada dispuesto a abandonarla. Aunque llevó tiempo, obtuvo una orden judicial para desenterrar el cadáver de Joseph Shardin, cuya autopsia demostró que en realidad este se había suicidado, aunque después de ser gravemente torturado.

Si el asesinato de Shardin no era tal asesinato, sino un suicidio, entonces el suicidio de Younger no era tal suicidio, sino asesinato.

Y había otros detalles... Una pala en la oficina de Younger; una pala común, nada más, pero ¿qué hacía allí? A Regan le dio por merodear por la casa de Shardin. Al cabo de un tiempo, descubrió que una parte del piso del sótano estaba removido y vuelto a cubrir. Cuando lo hizo excavar de nuevo, hallaron un cadáver, que resultó ser el del mozalbete de la casa vecina, quien aparentemente había dejado una nota al salir de viaje, pocos días antes.

A Regan le empezó a parecer que Charles Willis era la clave del caso. Pero Willis se había marchado, lo mismo que la

Samuels. Sin embargo, Regan deseaba hablar con ellos.

En el cuarto del hotel ocupado por Willis la primera noche, aparecieron impresiones digitales que coincidían con otras halladas en la casa de Shardin, donde Willis había vivido durante el resto de su estada en el pueblo. Tardaron un tiempo en obtener las impresiones y verificarlas, pero en cuanto tuvo las buenas, Regan las envió a Washington, a ver qué podía averiguar acerca de Charles Willis.

Al fin llegó una respuesta de Washington, diciendo que el llamado Charles Willis era en realidad Ronald Casper, buscado en California por fuga de prisión y asesinato. Le enviaron fotografías, pero como Parker se había hecho practicar cirugía plástica en la cara desde su condena como Ronald Casper, todo se demoró un poco, pues las fotos no se parecían a Charles Willis.

Aunque no por mucho tiempo. Regan sabía que algo andaba mal, pese a que aún ignoraba qué era. Envió otro pedido a la oficina del FBI en Miami para que visitaran a Charles Willis. Claro está que la dirección indicada era probablemente falsa, pero para mayor seguridad, lo mejor sería que alguien la comprobara.

Una nueva sorpresa: al fin y al cabo, la dirección no era falsa.

Capítulo 31

Parker esperaba el ascensor cuando el gerente se le acercó diciendo:

—Quisiera hablar con usted en privado, en mi oficina... Es importante.

—Está bien.

Una voz en la oficina, el gerente, Freedman, indicó a su huésped que se sentara, y luego comenzó.

—Francamente, señor Willis, esto me resulta embarazoso... No sé muy bien cómo planteárselo.

— ¿Cuál es el problema?

—Al parecer, usted está en aprietos de alguna clase... No es asunto mío; supongo que será alguna cuestión relacionada con sus impuestos, cuestiones comerciales. Podría ocurrirle a cualquiera, a mí, a cualquiera.

Hacía dos semanas que había vuelto de Sagamore. Enseguida comprendió que aquello debía estar relacionado con lo sucedido allí.

— ¿Por qué supone que estoy en aprietos?

—Vinieron a buscarlo dos agentes federales...

Sí, era lo de Sagamore.

— ¿Qué dijeron? —inquirió.

—Nada, señor Willis. Solamente que lo buscaban.

— ¿Y qué les dijo usted?

—Estoy obligado a cooperar... Usted es comerciante y comprenderá mi situación. Les di su número de pieza, aunque les dije que me parecía que no estaba. Ellos anunciaron que lo

esperarían allí... Les envié con un botones, para que les abriera la puerta, y desde entonces lo estuvieron esperando. Lo menos que puedo hacer, es prevenirle... Pensé que debía saberlo, por si quiere comunicarse con su abogado o hacer algún preparativo...

Ya tenían a Rhonda, que apenas resistiría cinco minutos cuando se enterase de que eran agentes federales.

—Gracias, se lo agradezco —dijo Parker.

—Al contrario... Podríamos encontrarnos en situaciones inversas con toda facilidad —repuso Freedman, con triste sonrisa—. El gobierno no entiende de negocios.

—Debo hacer antes algunas cosas —declaró Parker, mientras se incorporaba.

—Claro, claro. Espero que esto no lo... moleste demasiado.

—Puede que no. Gracias otra vez.

—De nada.

Al salir, Parker no cruzó el vestíbulo, sino que salió por el otro lado, hasta llegar a la parada de taxis.

—A la avenida Bayshore —indicó al conductor, la primera dirección que le vino a la mente para alejarse de allí.

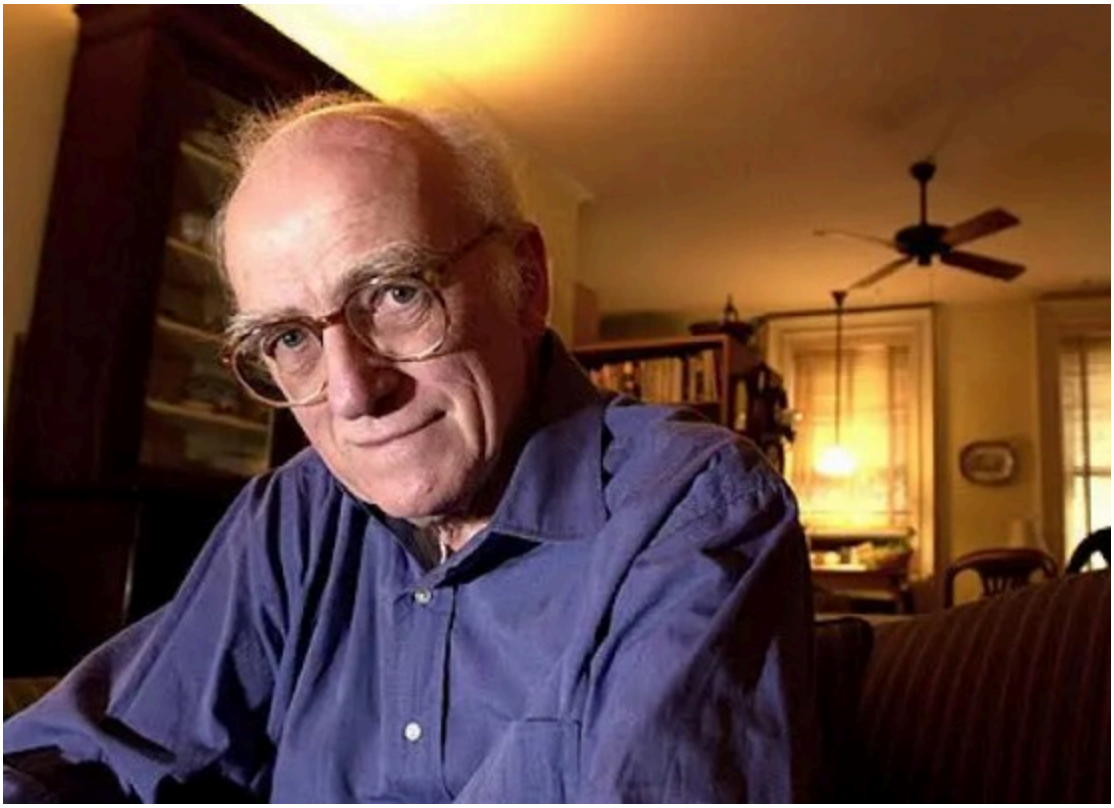
Alejándose del hotel, se preguntó qué habría pasado. No tenía importancia; el caso es que había salido mal. El nombre de Charles Willis, todo su disfraz, de nada le servían ahora.

También le costaría unos sesenta mil dólares, depositados en cuentas bancarias y cajas de hoteles bajo el nombre de Willis. Ya no se atrevía a ir en su busca... Tenía consigo unos cien dólares, y eso era todo con lo que contaba para empezar.

En la avenida de los Cocoteros, abandonó el taxi y robó una camioneta Rambler blanca. Con ella partió rumbo al norte, dejando atrás todo; el nombre adoptado, el dinero acumulado, todo el sistema de vida que había logrado desarrollar.

Ya pensaba en lo que debería hacer después. Tendría que tramar un nuevo disfraz, pero eso llevaría tiempo. Mientras tanto, habría que encontrar un escondite, buscar contactos, y le haría falta dinero, pronto y en cantidad.

Todo se arreglaría. Siguió rumbo al norte.



RICHARD STARK es uno de los seudónimos utilizados por Donald E. Westlake, junto con Cunningham, Alan Marshal, Edwin West, Edwina West, Edwin Wood, Tucker Coe, Timothy J. Culver, Samuel Holt, Curt Clark, Ben Christopher o Grace Salacious.

DONALD E. WESTLAKE nació en el neoyorquino barrio de Brooklyn en 1933 y falleció de una crisis cardíaca, el 31 de diciembre de 2008. Fue un autor que experimentó en todos los tonos del género criminal.

Tras servir en las Fuerzas Aéreas, comenzó su carrera literaria con la escritura de *The mercenaries*, en 1960. Ha publicado novelas juveniles, wésterns y relatos, pero ha obtenido reconocimiento unánime en su especialidad, la novela policíaca.

Muchos de sus libros han sido llevados a la pantalla grande, entre ellos *The hunter*, que se convirtió en la brillante película de cine negro *Point blank*, (cuyo remake, *Payback*, tuvo un éxito arrollador

en 1999), o *Two much*. Ha escrito para Hollywood los guiones de *The stepfathery* y *The grifters*, nominada al Oscar al mejor guion. Ha ganado tres premios Edgar y ha sido nombrado **Mystery Writers of America Grand Master** en 1993.

Podemos destacar las dos series dedicadas a sus personajes más relevantes: **Parker**, protagonista hasta 1974 de diecisiete novelas y que volvería a reaparecer en 1997 con *Comeback* y **John Dortmunder**, ladrón profesional, al que Westlake recurriría en diez novelas y ocho relatos.